

REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: El espiritismo y el dogma.—Teoría de la belleza.—Cartas sobre el Espiritismo, por un Cristiano, III.—El hombre antes de la historia.—De la emigración de las almas. (Conclusion).—La inmortalidad del alma.—*Dissertaciones espiritistas:* La unión es la fuerza.—La regeneración.—*Espiritismo retrospectivo.*—Evocaciones espiritistas de los primeros cristianos.—Un hecho histórico explicado por el Espiritismo.—*Magnetismo y sonambulismo:* El sonambulismo prueba también la reencarnación.—**Variedades:** Remitido.—El libro de Job.—Un consejo.—Una comparación.—Correspondencia.—Avisos.

SECCION DOCTRINAL.

EL ESPIRITISMO Y EL DOGMA.

Incurriendo en una falta en la que respecto de otros progresos, han incurrido ya; los guardadores del dogma anatematizaron el Espiritismo, apenas apareció éste científicamente organizado. Y en vano se ha declarado de un modo categórico que el Espiritismo no es una nueva religión, que no viene a su plantar a ninguna de las que existen, y sobre todo y muy especialmente, que él expone sus principios, dejando a cada cual en completa libertad de aceptarlos o rechazarlos, sin tratar de violentar conciencia alguna. Los teólogos cierran el oido a tan concluyentes manifestaciones, y hoy, como desde el primer día de su voluntaria y espontánea oposición, continúan afirmando que el Espiritismo es una secta religiosa, aborto de Satanás, y que destruye el dogma, preparando así el desbordamiento de todas las iniquidades. A lo primero hemos procurado contestar satisfactoriamente en la sección doctrinal de nuestro número anterior. ¿Es cierto lo segundo?

Poseidos de la mayor buena fe, puesta la mano en la conciencia, como suele decirse; nosotros afirmamos que podemos y debemos resolver negativamente la cuestión. Despues,

como antes de la aparición del Espiritismo científico, los dogmas de la Iglesia de Cristo están en pie, incólumes, sin que hayan experimentado menoscabo alguno, pues la nueva ciencia los admite todos *en su esencia*. El Espiritismo hace mas aún; declara que *todas las fórmulas del dogma son y serán eternamente exactas*, y que, si alguna nos parece errónea, débese atribuir a nuestro desenvolvimiento intelectual, incompleto aún, ó a las explicaciones equivocadas que de ella se han dado, en tiempos menos adelantados que los nuestros, y que quieren sostenerse hoy, a pesar de las conquistas de la ciencia que las desmienten terminantemente.

Y una prueba irrefragable de que el Espiritismo no niega ninguno de los dogmas, es la de que son muchos, muchísimos los que, permaneciendo en la Iglesia de Cristo, han acogido con verdadero entusiasmo, con fe verdadera, la ciencia espiritista, que aceptan en todas sus partes, en el terreno de la teoría y de la práctica, y cuyos consejos se esfuerzan a seguir dócilmente mas y mas cada día. Y no es esto sólo; no ya únicamente los que aceptaban el dogma, tal como era explicado, han acogido con entusiasmo el Espiritismo, sino que aquellos otros, no escasos en número, que se habían separado del dogma, y que vagaban desconsolados por las soledades del indiferentismo, y hasta por el caos del materialismo y del ateísmo, han vuelto,

lleno el corazón de esperanzas y de consuelos, á la fe de Cristo, al sentimiento religioso, al grémio de la Iglesia, como vulgarmente se dice.

La nueva ciencia, pues, lejos de vulnerar el dogma, lo ha robustecido; en vez de engranarle partidarios, ha aumentado el número de éstos, restituyéndole á muchos de los indiferentes y á no pocos de los materialistas y ateos. De modo, que sólo atribuyéndola á una lamentable inatención de examen,— pues duro se nos hace atribuirla á torcidas intenciones—á una censurable falta de estudio y ligereza de juicio, puede explicarse racionalmente la encarnizada oposición, por no decir guerra, que hacen los teólogos al Espiritismo. En lugar de ver en él un laborioso amigo, le califican de enemigo irreconciliable; en lugar de abrirle los brazos como al incansable colaborador, que viene en su ayuda, le rechazan llenos de ira y de encono, procurando además cerrarle todos los corazones. ¡Lamentable equivocación! Cuando se presenta el momento oportuno de unirnos contra el adversario común: el materialismo y el ateísmo, á fin de establecer, después de vencido aquél, el imperio de la justicia, que tanta falta hace á la tierra; nos desunimos!.... Pero el reino de la justicia, que es el de Dios, vendrá á nuestro planeta; el Espiritismo, que es señaladamente providencial, seguirá su curso, como triunfalmente lo ha seguido, á pesar de todos los humanos obstáculos, y acaso venga el día en que los teólogos, mejor aconsejados, reconozcan su error. Mientras llega el instante de la cooperación de todos para el bien de todos, procure cada cual realizar en su campo la justicia, practicando la verdadera caridad evangélica, y serán menos sensibles los efectos de la lucha entre los operarios.

Pero volvamos á nuestro principal asunto. Si el Espiritismo no niega, ni rechaza el dogma, ¿qué ha hecho respecto de él? Lo ha explicado, hé aquí el delito, la falta imperdonable que ha cometido la ciencia espiritista. Partiendo del inconcuso principio de que el progreso continuo es un procedimiento ine-

ludible del plan divino, al que nada puede substraerse; observando que muchas de las explicaciones que se dan vulgarmente del dogma, son notoriamente refutadas por las revelaciones científicas obtenidas por la razón humana en los últimos tiempos; convencido de que el sentido moral del hombre se encuentra ya bastante desenvuelto para recibir ciertas verdades, que ántes no hubiese podido llevar, según la expresión del Evangelio, y persuadido finalmente de que no pocas de las explicaciones del dogma, dadas en tiempos anteriores, eran contrarias á las nociones que hoy nos formamos de la bondad y de la justicia de Dios; el Espiritismo emprendió la tarea—que va llevando á feliz término—de armonizar la fe con la razón, de explicar científicamente el dogma y de vindicar la justicia y la bondad divinas, de los cargos que infundadamente se les hacían. Infundadamente, sí, porque apoyándose en *doctrinas de hombres*, prescindiendo del Código de la verdadera ciencia religiosa, el Evangelio racionalmente estudiado, blasfemaban de Dios y de su providencia.

Repitámoslo otra vez: el Espiritismo no niega el dogma, lo explica. Pero, ¿podía explicarlo? ¿qué precedentes le autorizaban para ello? Y en caso de que estos existiesen y de que pudiese hacer aquello, ¿debió hacerlo? Resolvamos, aunque breve, tan concluyentemente como nos sea posible, estas tres cuestiones.

Podía el Espiritismo explicar el dogma? Prueba de que lo podía, es que lo ha explicado satisfactoriamente y con aplauso de muchos, que hoy viven tranquilos y resignados con el presente y llenos de consoladoras esperanzas para el porvenir; de muchos que saben en la actualidad lo que ántes ignoraban y anhelaban saber. Saben de dónde vienen, el objeto de las tribulaciones que les rodean, el verdadero puesto que ocupa la tierra en la jerarquía de los mundos, lo qué realmente vale la existencia corporal, lo qué significa la muerte, estigma que ántes les horrorizaba, amiga que hoy les consuela, y la suerte que les espera al abandonar la en-

voltura material de que actualmente se vale su Espíritu.

Pero hay más aún; el Espiritismo no sólo podía explicar el dogma, sino que ha podido hacerlo lícitamente. Dígasenos sino, ¿en qué han lastimado las explicaciones de la nueva ciencia á la justicia, *único principio necesario* de la moral del Evangelio? Qué males han causado á la sociedad? Qué sacudimientos han ocasionado? Qué conciencias pervertido? Nada de eso han producido, sino que, por el contrario, robustecen la justicia, produciendo por lo mismo grandes bienes de que se aprovecha la sociedad; evitan no pocos conflictos, y vuelven á la práctica desinteresada del bien á muchas conciencias que al mal se consagraban. Nadie que medianamente conozca el Espiritismo, ignora todos esos y muchos otros beneficios que él presta.

¿Qué precedentes le autorizaban para explicar el dogma? Ante todo la ley del progreso, á la que hasta la misma religión está sujeta, y en cuya virtud la humanidad, ya adulta, pedía mas sustancioso alimento que el que, durante su infancia, se le daba. El mayor desenvolvimiento moral é intelectual del hombre en nuestros días hacia inadmisibles las dogmáticas explicaciones, que bastaban á nuestros abuelos ménos adelantados por punto general que nosotros. Y después de esta razón filosófica, el Espiritismo, siguiendo en la práctica el ejemplo dado por Jesús, estaba autorizado para explicar el dogma. El divino Maestro explicó, en efecto, el dogma establecido por Moisés, poniéndolo en armonía con los hombres á quienes se dirigía, no tan adelantados ciertamente como los actuales; pero ménos groseros y materiales que los que adoctrinaba el primer gran revelador. Y cuenta que Jesús penetró hasta la raíz misma del dogma, hasta la idea de Dios, que modificó visiblemente. Del Dios iracundo y vengativo del Antiguo Testamento, hizo el Dios todo amor y misericordia del Evangelio, del *santo, santo, señor* *Dios de los ejércitos*, el *Padre nuestro*, *que estás en los cielos*. ¿Puede darse explicación que establezca mas radical diferencia?

Y no es esta última menor, cuando de la idea de Dios pasamos á la de los premios y castigos que nos reserva el Eterno, segun nos atemperemos ó no, durante la vida, á su bienhechora ley. Siguiendo las explicaciones dadas por el primer revelador, las recompensas y castigos tienen lugar en este mismo planeta, y son materiales. La recompensa consiste por punto general en el triunfo contra los enemigos del pueblo de Israel; el castigo en la derrota de éste. La abundancia de la cosecha y la prole ó su acrecentamiento son premios; la escasez de aquella y la carencia ó disminución de ésta son castigos. Así hablaba Moisés al pueblo material y grosero á quien dirigía. Si otro lenguaje les hubiese hablado, no le hubieran comprendido.

Jesús, por el contrario, habla de castigos y recompensas espirituales, que se realizarán en el cielo. Abrase el Antiguo Testamento por donde se quiera, y se verá que es cierto lo que hemos dicho de Moisés; ábranse luego los Evangelios, y se hallará la confirmación de nuestras palabras respecto de Jesús.

Tales son los precedentes de que ha partido el Espiritismo para explicar el dogma. ¿Debió hacerlo? Cuatro palabras únicamente sobre este punto. Los nuevos descubrimientos de las ciencias lo exigían, una gran parte de la humanidad lo solicitaba, y sobre todo, el homenaje que se debe á la verdad, la precisión en que se halla de proclamarla todo hombre recto, si desea continuar siéndolo; lo hacían de necesidad imprescindible.

Terminemos, pues, repitiendo que el Espiritismo no es una nueva religión y que no niega, sino que explica el dogma. Y siendo esto así como lo es, no negando el dogma la nueva ciencia, confirmándolo por el contrario con sus lógicas y racionales explicaciones; se comprende perfectamente que, sin renegar de sus creencias religiosas, pertenezcan al Espiritismo personas que, separadas por aquéllas, se agrupan al rededor del estandarte que este último tremola: *Fuera de la caridad no hay salvación posible.*

TEORÍA DE LA BELLEZA.

(OBRAS POSTUMAS.)

¿La belleza es cosa convencional, y relativa á cada tipo? Lo que constituye la belleza en ciertos pueblos, ¿no es para otros una horrible fealdad? Los negros se encuentran mas bellos que los blancos, y *vice-versa*. En este conflicto de gustos, ¿hay una belleza absoluta, y en qué consiste? ¿Somos efectivamente mas bellos que los Hotentotes y los Cafres, y por qué?

Esta cuestión que, en el primer momento, parece extraña al objeto de nuestros estudios se relaciona sin embargo con él de un modo directo, y con el mismo porvenir de la humanidad. Ella y su solución nos ha sido sugerida por el pasaje siguiente de un libro muy interesante e instructivo, titulado: *Las revoluciones inevitables en el globo y en la humanidad*, por Carlos Richard. (1)

El autor combate la opinión de la degeneración física del hombre á partir de los tiempos primitivos; refuta victoriamente la creencia en la existencia de una raza primitiva de gigantes, y se detiene en probar que bajo el punto de vista de la fuerza física y de la estatura, los hombres de hoy valen tanto como los antiguos, si ya no les sobrepasan.

Pasando á la belleza de las formas, se expresa así, en las páginas 41 y siguientes:

«Por lo que toca á la belleza de la cara, á la gracia de la fisonomía, á ese conjunto que constituye la estética del cuerpo, el mejoramiento es mas sensible aún y quizás de mas fácil demostración.

«Basta para ello echar una mirada sobre los tipos que las medallas y las estatuas antiguas nos han transmitido intactos á través de los siglos.

«La iconografía de Visconti y el museo del conde de Clarol son, entre muchos otros, dos

origenes donde es fácil encontrar los variados elementos de este interesante estudio.

«Lo que desde luego llama la atención en aquel conjunto de rostros, es la rudeza de los lineamientos, la *animalidad de la expresión, la crueldad de la mirada*. Un escalofrío involuntario os hace comprender que tratais con gentes que sin piedad os harían pedazos para que sirvieseis de alimento á sus murenas, como lo hacía Polion, rico catador de vino en Roma y familiar de Augusto.

«El primer Bruto (Lucius Junius), aquel que hizo decapitar á sus dos hijos y asistió con sangre fría al suplicio, parece un ave de presa. Su perfil siniestro tiene del águila y del buho lo que de mas feroz tienen esos dos carníceros del aire. Al mirarle, no se puede dudar de que haya merecido el vergonzoso honor que le discierne la historia. Si mató á sus dos hijos, es indudable que por el mismo motivo hubiera degollado á su madre.

«El segundo Bruto (Marius), que apuñaló á César, su padre adoptivo, precisamente en el instante en que éste contaba mas con su amor y reconocimiento, recordada por su fisonomía al fanático bobalicon. Ni siquiera tiene la belleza siniestra que descubre con frecuencia el artista en aquella energía exagerada que arrastra al crimen.

«Cicerón, el orador brillante, el escritor ingenioso y profundo que tan señalado recuerdo ha dejado de su tránsito por este mundo, tiene un rostro aplastado y vulgar que debía hacerle mucho menos agradable para visto que para oido.

«Julio César, el grande, el incomparable vencedor, el héroe de las matanzas, que hizo su entrada en el reino de las sombras entre un cortejo de dos millones de almas, á quienes había despachado durante su vida, es tan feo como su predecesor, aunque por otro estilo. Su cara flaca y huesosa, montada en un cuello largo irregularmente adornado de una manzana saliente, le hace parecer mas bien un gran payaso que un gran guerrero.

«Galba, Vespasiano, Nerva, Caracalla, Alejandro Severo y Balbino no solo son feos si que también horribles. Apenas encuentra el ojo,

(1) Un vol. en 12, París, Pagnerre, precio 2 franc. 50, franco 2 franc. 75, librería espiritista, 7, calle de Lille.

en aquel museo de antiguos tipos de nuestra especie, algunos rostros que saludar con una mirada simpática. Los de Scipion el Africano, Pompeyo, Commodo, Heliogábalos y Antoninos, el marica de Adriano, entran en ese pequeño número. Sin ser bellos en el sentido moderno de la palabra, semejantes rostros son empero, regulares y de un aspecto agradable.

«Las mugeres no merecen ser mejor tratadas que los hombres, y dan lugar á las mismas observaciones. Livias hija de Augusto tiene el perfil puntiagudo de una garraña; Agripina da miedo de mirar, y Mesalina como para desconcertar á Cabanis y Lavater, parece una corpulenta fregona, mas partidaria de buenos bocados que de otra cosa.

«Los griegos, preciso es decirlo, son mas pasables que los romanos. Los rostros de Temistocles y de Milcíades entre otros, pueden ser comparados á los mas bellos tipos modernos. Pero Alcibiades ese tan lejano abuelo de nuestros Richelieu y Lauzun, cuyas amorosas proezas llenan la crónica de Atenas, tiene, como Mesalina, muy poco propósito el físico para el empleo á que lo dedicaba. Al ver sus rasgos solemnes y su frente reflexiva se le tomaría mas bien por un jurisconsulto pegado á un texto legal, que por aquel audaz bromista que se hizo desterrar á Esparta, solo para *coronar* al pobre rey Agis, y vanagloriarse despues de haber sido querido de una reina.

«Cualquiera que sea la ventaja que en este punto pueda concederse á los griegos sobre los romanos, el que se tome el trabajo de comparar esos antiguos tipos con los de nuestro tiempo, reconocerá sin esfuerzo que en este, como en todos los otros aspectos, se ha realizado el progreso. Bueno es que al hacer esta comparacion, no se olvide que aquí se trata de las clases privilegiadas, siempre mas bellas que las otras, y que por consiguiente los tipos modernos, que quieran oponerse á los antiguos, deben escogerse en los salones y no en las buhardillas. Porque la pobreza en todos los tiempos y bajo todos

los aspectos, nunca es bella, y precisamente sucede así para avergonzarnos y obligarnos á que un dia nos emancipemos de ella.

«No quiero, pues decir, ni mucho menos, que la fealdad haya desaparecido de nuestras frentes, y que el sello divino se encuentre en fin en todos los disfraces que cubren el alma; léjos de mi semejante afirmacion que tan fácilmente podria ser negada por todo el mundo. Mi pretension se limita únicamente á afirmar que en un período de dos mil años, *poca cosa para una humanidad que tanto ha de vivir*, la fisonomía de la especie humana se ha mejorado ya de una manera sensible.

«Creo, por otra parte, que las mas bellas caras antiguas son inferiores á las que podemos admirar diariamente en nuestras reuniones públicas, en nuestras fiestas y hasta en nuestras calles. Sino temiese ofender la modestia y excitar ciertos celos, cien ejemplos conocidos de todos, en el mundo contemporáneo, confirmarian la evidencia del hecho.

«Los adoradores del pasado se llenan constantemente la boca con su famosa Venus de Médicis, que les parece el ideal de la belleza femenina, y no observan que mas de cincuenta ejemplares de esa misma Venus se pasean todos los domingos en los bulevares de Arles, y que son pocas las ciudades, entre las del mediodía especialmente, que no poséen algunos....

«....En todo lo que acabamos de decir sólo hemos comparado nuestro tipo actual con los de los pueblos que únicamente nos han precedido de algunos miles de años. Pero, si remontando mas hacia los tiempos, atravesamos las capas terrestres donde duermen los restos de las primeras razas que habitaron nuestro globo, la ventaja á favor nuestro se hace de tal modo sensible, que toda negacion sobre el particular cae por sí misma.

«Bajo la influencia teológica que había detenido á Copérnico y Ticho-Brahe, que persiguió á Galileo y que, en estos últimos tiempos obscurecio por algunos momentos el genio del mismo Cuvier, la ciencia vacilaba en

sondear los misterios de las épocas antídiluvianas. El relato bíblico tomado al pie de la letra en su mas estricto sentido, parecia haber dicho la última palabra sobre nuestro origen y los siglos que de él nos separan. Pero la verdad, desapiadada en su progreso, ha concluido por romper la férrea coraza en que para siempre se la queria encerrar, y por mostrar en su desnudez formas hasta entonces ocultas.

«El hombre que vivia antes del diluvio, en compañía de los mastodontes, del oso de las cavernas y de otros grandes mamíferos que hoy han desaparecido, el hombre fósil, en una palabra, negado durante tanto tiempo, ha sido hallado por fin, y puesta fuera de duda su existencia. Los recientes trabajos de los geólogos, particularmente los de Boucher de Perthes (1), Filippi y Liell, nos permiten apreciar en la actualidad los caracteres físicos de aquel venerable abuelo del género humano. Y, á pesar de los cuentos imaginados por los poetas, sobre su belleza original, á pesar del respeto que le debemos como al antiguo jefe que es de nuestra raza, la ciencia se vé obligada á asentar que era de una prodigiosa fealdad.

«Su ángulo facial no pasaba mucho mas allá de los 70°, sus quijadas, de un volumen considerable, estaban armadas de dientes largos y salientes, su frente era rápida, las sienes aplastadas, la nariz chata y las ventanas de ésta, anchas. En una palabra, aquel venerable padre debia parecerse mucho mas á un orangutan que á sus lejanos hijos de la actualidad. De tal modo es así, que, si junto á él no se hubiesen encontrado las hachas de sílex que había fabricado, y en otros casos, los animales que aún conservaban las cicatrices de las heridas hechas con esas armas informes; se podria dudar del papel importante que desempeñaba en nuestra filiación terrestre. No sólo sabia fabricar hachas de

sílex, si que tambien mazas y puntas de dardos de la misma materia. La galanería antídiluviana se extendia á confeccionar brazaletes y collares de piedrecitas redondeadas que adornaban, en aquellos remotos tiempos, los brazos y el cuello del sexo encantador, que luego se ha mostrado mas exigente, como puede convencerse cualquiera.

«No sé que pensarán de todo esto las elegantes de nuestros días, en cuyas espaldas centellean los diamantes. En cuanto á mi, lo confieso, no puedo librarme de una emoción profunda, al pensar en ese primer esfuerzo intentado por el hombre, *apénas emancipado del bruto*, para agradar á su compañera, pobre y desnuda como él, en el seno de una naturaleza inhospitalaria, sobre la cual debe reinar algun dia su raza. Oh! lejanos abuelos nuestros, si vosotros amabais ya bajo vuestras fases rudimentarias, ¿cómo podremos dudar de vuestra paternidad ante ese signo divino de nuestra especie?

«Es pues evidente que esos hombres informes son nuestros padres, puesto que nos han dejado vestigios de su inteligencia y de su amor, atributos esenciales que nos separan del bruto. Podemos por lo tanto, examinándolos atentamente, desprovistos de los diluviones que los cubren, medir como con un compás el progreso físico realizado por nuestra especie desde su aparición en la tierra. Ese progreso que, en un principio, podia ser negado por el espíritu de sistema y las preocupaciones de educación, adquiere tal evidencia, que no hay mas que reconocerlo y proclamarlo.

«Algunos miles de años podian dejar dudas, algunos centenares de siglos las disipan irreversiblemente.

«....Cuán jóvenes y recientes somos aún en todas las cosas! Ignoramos todavía nuestro sitio y nuestro derrotero en la inmensidad del universo, y nos atrevemos á negar progresos que, por falta de tiempo, no han podido ser aún demostrados completamente. Puesto que somos niños, tengamos un poco de paciencia, y los siglos, aproximándonos al objeto, revelarán á nuestros ojos apénas en-

(1) Véanse las dos obras de M. Boucher de Perthes: *Del hombre antídiluviano y de sus obras*, fol. en 4, 2 fr. franco, 2 fr. 25, y *De los utensilios de piedra*, fol. en 8, 1 fr. 5, franco, 10 fr. 75. París librería espiritista.

treabiertos, esplendores que no se descubren desde lejos.

«Pero proclamemos desde hoy en alta voz, dado que la ciencia lo permite ya, el hecho capital y consolador del progreso lento, pero seguro, de nuestro tipo físico hacia el ideal entrevisto por los grandes artistas, a través de las inspiraciones que les envia el cielo para revelarnos sus secretos. El ideal no es un producto engañador de la imaginacion, un sueño fugaz destinado a dar de vez en cuando pabulo a nuestras miserias, sino que es un fin asignado por Dios a nuestros perfeccionamientos, fin infinito, porque sólo éste puede satisfacer en todos los casos a nuestro espíritu y ofrecerle una carrera digna de él.»

Resulta de estas juiciosas observaciones, que el cuerpo se ha modificado *en un sentido determinado* y siguiendo una ley, a medida que el sér moral se ha desarrollado; que la forma exterior se halla en relacion constante con el instinto y los apetitos del sér moral; que mientras mas se acercan éstos a la animalidad, mas se approxima igualmente la forma, y en fin, que a medida que se purifican los instintos materiales, y hacen lugar a los sentimientos morales; la envoltura externa, que no está ya destinada a la satisfaccion de las necesidades groseras, reviste formas menos pesadas, mas delicadas, en armonia con la elevacion y la delicadeza de los pensamientos. La perfeccion de la forma es de este modo consecuencia de la del espíritu; de donde puede concluirse que el ideal de la forma debe ser la que revisten los Espíritus en estado de pureza, la que imaginan los poetas y los verdaderos artistas, porque penetran, por medio del pensamiento, en los mundos superiores.

Desde hace mucho tiempo se dice, que el rostro es el espejo del alma. Esta verdad, que ha llegado a ser axiomática, explica el hecho vulgar de que ciertas fealdades desaparecen al reflejo de las cualidades morales del Espíritu, y que con mucha frecuencia se prefiere a una persona fea, dotada de eminentes cualidades, a la que no tiene mas que la belleza plástica. Y es que aquella fealdad sólo con-

siste en las irregularidades de la forma; pero no excluye la finura de los rasgos necesarios a la expresion de los sentimientos delicados.

De lo que precede puede deducirse que la belleza real consiste en la forma que se aleja mas de la animalidad, y refleja mejor la superioridad intelectual y moral del Espíritu, que es el sér principal. Influyendo lo moral en lo fisico, que apropiá a sus necesidades fisicas y morales, se sigue: 1.º que el tipo de la belleza consiste en la forma más propia para la expresion de las más altas cualidades morales e intelectuales: 2.º que a medida que el hombre se eleve moralmente, su envoltura se aproximará al ideal de la belleza, que es la angélica.

El negro puede ser bello para el negro, como lo es un gato para otro; pero no es bello en el sentido absoluto; porque sus rasgos bastos y sus labios gruesos acusan la materialidad de los instintos; pueden muy bien expresar pasiones violentas; pero no podrian acomodarse a los matices delicados del sentimiento y a las modulaciones de un espíritu distinguido.

Hé aquí porque podemos, sin ser tátuos, me parece, llamarnos mas bellos que los negros y los Hotentotes; pero quizá tambien seremos para las generaciones futuras perfeccionadas lo que los Hotentotes para nosotros; y quizá, cuando encuentren aquéllas nuestros fósiles, los tomen por los de alguna variedad de animales.

Leido este artículo a la Sociedad de París fué objeto de un número bastante grande de comunicaciones, ofreciendo todas las mismas conclusiones. Sólo insertamos las dos siguientes, por ser las mas completas:

París, febrero 4 de 1869. (Méd., madame Malet.)

Bien habeis pensado; el origen primero de toda bondad e inteligencia es tambien el de toda belleza.—El amor, que en si mismo es la perfeccion, engendra la perfeccion en todas las cosas.—El Espíritu está llamado a conseguirla, pues es su esencia y su destino. Debe, por medio de su trabajo, acercarse a esa soberana inteligencia y a esa bondad in-

finita, y debe, pues, tambien revestirse mas y mas de la forma perfecta que caracteriza á los seres perfectos.

Si en vuestras sociedades desgraciadas, en vuestrlos globos mal equilibrados atén, la especie humana se halla todavia tan lejos de esa belleza fisica, débese á que la belleza moral apénas está desarollada. La conexidad entre estas dos bellezas es un hecho cierto, lógico y del que el alma tiene intuicion, des de la tierra. Sabeis, en efecto, cuan lastimero es el aspecto de una fisonomía encantadora desmentida por el carácter. Si os hablar de una persona de reconocido mérito; enseguida la revestís de los mas simpáticos rasgos, y os sentís dolorosamente impresionados á la vista de un rostro que contradice vuestras previsiones.

¿Qué concluir de aquí, sino que, como de todas las cosas que tiene reservadas el porvenir, el alma tiene la prescincencia de la belleza á medida que la humanidad progresá y se acerca á su tipo divino. No saqueis argumentos contrarios á esta afirmacion, de la decadencia aparente en que se encuentra la raza mas avanzada de ese globo. Sí, es cierto que la especie parece que degenera, que se bastardea; las enfermedades se apoderan de vosotros ántes de la vejez; hasta la misma infancia padece sufrimientos que por punto general acostumbran á pertenecer á otra edad de la vida; pero todo eso es una transicion. Vuestra época es mala; concluye y dá á luz; concluye un periodo doloroso y dá á luz una época de regeneracion fisica, de adelanto moral, de progreso intelectual. La raza nueva de que ya he hablado, tendrá mas facultades, mas resortes á disposicion del espíritu; será mayor, mas fuerte, mas bella. Desde el primer momento, se pondrá en armonía con las riquezas de la creacion, que vuestra raza indolente y fatigada desdeña ó ignora; vosotros habréis hecho grandes cosas para ella, que aprovechará y marchará por el camino de los descubrimientos y perfeccionamientos, con un ardor febril, cuya potencia no conocéis.

Mas adelantados tambien en bondad, vues-

tos descendientes harán lo que vosotros no habeis sabido hacer de esa desgraciada tierra, es á saber, un mundo feliz, en el que ni el pobre será rechazado, ni despreciado, sino socorrido por instituciones amplias y liberales. Ya se dibuja la aurora de estos pensamientos; su luz nos llega por momentos. Hé ahí, amigos, el dia en que la claridad brillará en la oscura y miserable tierra; en que la raza será buena y bella segun el grado de adelanto que haya conquistado; en qué el sello estampado en la frente del hombre no será ya el de la reprobacion, sino el de la alegría y la esperanza. Entónces una multitud de Espíritus adelantados se colocarán entre los colonos de esa tierra, y como que estarán en mayoria todo cederá ante ellos. La renovacion tendrá lugar y la faz del globo será cambiada; porque esa raza será grande y poderosa, y el momento en que aparezca señalará el principio de los tiempos felices.

PÁMFILO.

(París, febrero 4 de 1869.)

La belleza bajo el punto de vista puramente humano, es una cuestión muy discutible y muy discutida. Para juzgarla bien, es preciso estudiarla como partidario desinteresado. El que esté bajo sus encantos no puede tener voto en la deliberacion. El gusto peculiar á cada uno entra tambien en la cuenta de las apreciaciones que se hagan.

Sólo es bello, realmente bello, lo que lo es siempre y para todos; y esta belleza eterna, infinita, es la manifestación divina bajo sus aspectos incesantemente variados, es Dios en sus obras, en sus leyes! Hé ahí la única belleza absoluta.—Ella es la armonía de las armonías, y tiene derecho al título de absoluta; porque no puede concebirse nada mas bello.

En cuanto á lo que se ha convenido en llamar bello, y que verdaderamente es digno de semejante título, es preciso considerarlo como una cosa esencialmente relativa; porque siempre puede concebirse algo mas bello, mas perfecto. No hay mas que una sola belleza, una sola perfección, Dios. Fuera de él, todo lo que adornamos con esos calificativos, no son mas que pálidos reflejos de lo único

bello, uno de los mil aspectos armoniosos de las mil armonías de la creacion.

Hay tantas armonías como objetos creados, y por lo mismo tantas bellezas típicas que determinan el punto culminante de perfección, que puede alcanzar una de las subdivisiones del elemento animado.—La piedra es bella y diversamente bella.—Cada especie mineral tiene sus armonías, y el elemento que reune todas las de la especie, posee la mayor suma de belleza á que puede aspirar la especie.

La flor tiene sus armonías. Tambien ella puede poseerlas todas ó aisladamente, y ser distintamente bella; pero no lo será hasta que las armonías que concurren á su creacion estén armónicamente fusionadas.—Dos tipos de belleza pueden producir, fusionándose, un sér híbrido, informe, de aspecto repugnante.—Hay entonces cacofonía! Todas las vibraciones aisladas eran armónicas; pero la diferencia de su *sonalidad* ha producido una discordancia en el encuentro de las ondas vibrantes; *de aquí el monstruo!*

Bajando en la escala creada, cada tipo animal dá lugar á las mismas observaciones, y la ferocidad, la astucia, la misma envidia podrán dar nacimiento á bellezas especiales, si el principio que determina la forma se halla sin mezcla. La armonía hasta en el mal produce la belleza. Hay lo bello satánico y lo bello angélico; la belleza enérgica y la belleza resignada.—Cada sentimiento, cada manojito de sentimientos, con tal de que sea armónico, produce un tipo de belleza particular, cuyos aspectos humanos son no degeneraciones, sino bocetos. Así es exacto decir no que uno es bello, sino que se acerca más á la belleza real, á medida que se acerca á la perfección.

Todos los tipos se unen armónicamente en lo perfecto. Hé aquí por lo que es la belleza absoluta.—Nosotros los que progresamos, no poseemos mas que una belleza relativa debilitada y combatida por los elementos inarmónicos de nuestra naturaleza. LAVATER.

ALLAN KARDEC.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

III.

París 15 de julio de 1867.

Querida Clotilde:

Antes de pasar á las citas sagradas, ó al menos á algunas de ellas que me reservo para la conclusion de esta carta, quiero hacerle conocer la opinion de algunos profanos, de algunos eruditos y de algunos filósofos que han tratado esta cuestión *ex-profeso*. No se asuste V., pues no me remontaré al diluvio, nictaré á Platón, ni á Pitágoras, ni á Plotin, ni á Porfirio; sólo me concretaré á algunos escritores contemporáneos.

Aquí tiene V. lo que dice Juan Reynaud:

«Habiendo reinado la idea de la preexistencia del alma de una manera tan general en el segundo templo, es inevitable que también nos dejase al menos algún vestigio en la colección del Nuevo Testamento, que tan preciosas cosas nos ha recogido de aquél período. Tambien se la siente palpitar, de alguna manera, dentro los textos del Evangelio. Mirad, por ejemplo, la preocupación unánime del pueblo, la cual todos los Evangelistas atestiguau igualmente en el momento de la aparición del Predicador de Nazareth. No se trata de saber quienes eran los padres del nuevo Profeta, ni sus antecedentes, ni su pueblo natal; se trata de saber quien es él, CUÁL ES EL PERSONAJE DE LA ANTIGUEDAD QUE REVIVE EN ÉL? ¿Es «Elías? ¿Es JEREMÍAS? ¿Es ALGUN OTRO? «Y preguntaba á sus discípulos,—dice S. Mateo, cap. XVI, v. 13, 14, 15,— diciendo: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?—Y ellos le respondieron: Los unos que Juan el Bautista, los otros que Elías, y los otros que Jeremías ó uno de los profetas.—Y Jesús les dice: «Y vosotros quien decís que soy yo?» Este es un hecho repetido casi exactamente en los mismos términos, en S. Lucas y S. Marcos.

«La inquietud de Herodes respecto á Jesús

«está descrita igualmente en los tres primeros evangelios, de una manera conforme á este asunto: «Y llegó á noticia de Herodes el Tetrarca, todo lo que hacia Jesús, y quedó como suspenso, porque decían.—Algunos: Juan Bautista ha resucitado de entre los muertos; y otros: que Elías había aparecido; y otros: que un Profeta de los antiguos había resucitado.» Ya lo veis, no solamente demuestra esto una creencia general en todo el pueblo de Israel, sino que «Jesús, cuando la oía anunciar ante él por sus discípulos, *no les contradecía, no les condenaba*: la pasa por alto y dirige su discurso sobre otro asunto.

«Hay mas aún: al lado de la cuestión, de «¿quién es Jesús? naturalmente se debió proponer, bajo la influencia de las mismas creencias, esta cuestión semejante, ¿quién es Juan? El mismo Jesús responde á ella, y dijo: «En verdad os digo: que entre los nacidos de mujeres no se levantó mayor que Juan el Bautista. Y si quereis recibir, él es aquél Elías que ha de venir.» Despues de la transfiguración, Jesús repite á sus discípulos la misma lección: «Elías, en verdad, ha de venir y restablecerá todas las cosas. —Mas os digo que ya vino Elías, y no le conocieron, ántes hicieron con él cuanto quisieron. Así tambien harán ellos padecer al hijo del hombre. Entónces entendieron los discípulos, que de Juan el Bautista les había hablado.» Notad bien que no se trata aquí de una aserción sin consecuencia. La preexistencia de S. Juan, determinada de este modo, es de un interés capital en la teoría mesiánica: quita la dificultad relativa á la venida de Elías, que segun la declaración del Profeta, debía en el dia de la salvación, preceder á la del Mesías. Elías no ha aparecido todavía, decía el pueblo, pues es imposible que el Mesías esté ya en la tierra. Los discípulos le interrogaban, diciendo: «¡Pues, por qué dicen los Escribas y los Fariseos que Elías debía venir primero!» Este era un fin de no recibir, invencible en apariencia; pero Jesús borra toda dificultad, diciendo: «que la aparición de Elías

«realmente se cumplió por el renacimiento de este profeta en la persona de San Juan.» (1)

Esta cita, amiga mía, por ser trascrita de un filósofo, como V. vé, es suficientemente ortodoxa, y su interpretación es demasiado racional, para que sea necesario insistir en ella. Además, toda la doctrina de Juan Reynaud está impregnada de la idea espiritista, el cual debe ser considerado como uno de sus mas activos precursores. Pero no es esta la ocasión para hacer un elogio de aquel eminente pensador, como tampoco el de otros escritores, poetas ó filósofos, cuya opinión, contemporánea ó antigua, ha preparado nuestro camino.

En vista de esta cita, voy á trascribirle á V. un pasaje de Allan-Kardec, en donde se verá como se considera la misma cuestión: con esto se comprenderá de qué modo el autor de *Cielo y Tierra* piensa como nosotros.

Hé aquí el pasaje, precedido de algunas reflexiones respecto á la opinión de la Iglesia, de lo que me felicito por servir de apoyo á mi tesis:

«....La doctrina de la reencarnación no es admitida por la Iglesia, se me dirá tal vez, pues esto sería la ruina de la religión. No es nuestro objeto discutir esta cuestión en este momento; nos basta haber demostrado que es eminentemente moral y racional. «Pues, lo que es moral y racional no puede ser contrario á una religión que proclama á Dios como la suma bondad y la suma razón. ¡Qué hubiera venido á ser de la religión, si, contra la opinión universal y el testimonio de la ciencia, se hubiese resistido á la evidencia y hubiese rechazado de su seno al que no hubiese creido en el movimiento del sol y en los seis días de la creación?»

Abro aquí un paréntesis para hacerle notar, querida Clotilde, en lo que también le confirmará el abate Pastoret, que la Iglesia romana no aceptó de buen grado aquella doc-

(1) *Cielo y Tierra*.

trina, prohibiendo las modificaciones de la ciencia. ¿Quién no conoce el famoso dicho: «*E pur si muove!*» de Galileo? Continúo mi cita:

«¿Qué crédito habría merecido y qué autoridad habría tenido, entre los pueblos ilustrados, una religión fundada en errores manifestados considerados como artículos de fe? Cuando se ha demostrado la evidencia, la Iglesia se ha inclinado hacia ella sabiamente. Si está probado que existen cosas que son imposibles sin la reencarnación, si algunos puntos del dogma no pueden explicarse sino por este medio, será necesario admitir y reconocer que el antagonismo de aquella doctrina y de estos dogmas no es más que aparente. Mas tarde demostrarémos que la religión quizás está menos lejana de lo que se piensa respecto a la doctrina de la reencarnación, sin que por esto sufra más de lo que sufrió con el descubrimiento del movimiento de la tierra y de los períodos geológicos, que a primera vista pareció que daba un mentis a los textos sagrados. El principio de la Reencarnación resalta, por otra parte, en varios pasajes de las Escrituras, y notablemente se encuentra formulado de una manera explícita en el Evangelio.»

«Y cuando descendieron del monte, (después de la transfiguración) les mandó Jesús diciendo: no digáis a nadie lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.—Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: Pues, ¿por qué dicen los Escribas, que Elías debía venir primero?—Y él les respondió diciendo: «Elías en verdad ha de venir y restablecerá todas las cosas:—Mas os digo que ya vino Elías, y no le conocieron; antes hicieron con él cuanto quisieron. Así también harán pecar ellos al Hijo del hombre. Entonces entendieron sus discípulos, que de Juan el Bautista les había hablado. (S. Mateo, capítulo XVII, v. 9 y siguientes).»

«Puesto que Juan Bautista era Elías, tuvo pues que verificarse la reencarnación del

«Espíritu ó del alma de Elías en el cuerpo de Juan Bautista.»

«Reconozcamos, pues, en resumen, que solamente la doctrina de la pluralidad de existencias puede explicar lo que sin ella es inexplicable; que es eminentemente consoladora y está conforme con la justicia más rigurosa, siendo para el hombre el ánchor de salvación que Dios por su misericordia le ha dado.

«Las mismas palabras de Jesús no pueden dejar ninguna duda respecto a este asunto. «Hé aquí lo que se lee en el Evangelio según San Juan, cap. III:

«v. 1. Y había un hombre de los Fariseos llamado Nicodemo, príncipe de los Judíos.

«v. 2. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él.

«v. 3. Jesús respondió y dijo: En verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo.

«v. 4. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez?

«v. 5. Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y Espíritu. (1)

«v. 6. Lo que es nacido de carne, carne es: y lo que es nacido de Espíritu, Espíritu es:

«v. 7. No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez.

«v. 12. Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeríais si os dijera las celestiales.»

Hé aquí otros versículos sobre la Reencarnación que comunico, sin comentarios, al abate Pastoret; me dirijo a él porque sabrá deducir las consecuencias.

Están sacados del cap. V, del Evangelio de S. Juan.

(1) Seio dice: *Espíritu Santo*, pero el texto griego no dice más que *Espíritu*.

«v. 19. En verdad, en verdad os digo, que el Hijo no puede hacer algo de sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que él hace, esto tambien hace el Hijo juntamente.

«v. 20. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace: y mayores obras que estas le mostrará, de suerte que vosotros os maravilleis.

«v. 21. Porque como el Padre RESUCITA LOS MUERTOS Y LES DA VIDA, así tambien el Hijo dá la vida á los que quiere.

«v. 22. Porque el Padre á nadie juzga, mas todo el juicio dió al Hijo.

«v. 23. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre; el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.

«v. 24. En verdad, en verdad os digo, el que oye mi palabra, y crée al que me ha enviado, tiene vida eterna, y no vendrá á condenacion; mas pasó de muerte á vida.

«v. 25. En verdad, en verdad os digo, vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y los que oyeron, vivirán.

«v. 26. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así tambien dió al Hijo que tuviere vida en sí mismo.

«v. 27. Y tambien le dió poder de hacer juicio, en cuanto es el HIJO DEL HOMBRE;

«v. 28. No os maravilleis de esto: porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz;

«v. 29. Y los que hicieron bien, SALDRÁN DE LOS SEPULCROS PARA RESUCITAR A LA VIDA: pero los que hicieron mal, saldrán para resucitar á la condenacion.»

Es necesario ser ciego para no ver en esta estrofa la ley de la Reencarnacion.

Creo útil, amiga mia, continuar aquí algunos comentarios que me son propios:

Esos versículos de S. Juan han dado lugar á una cantidad de interpretaciones tanto menos exactas, cuanto mayor ha sido la falta de criterio en los interpretadores, es decir, cuanto menor ha sido la creencia en la Reencarnacion. Se han torturado la imaginacion, se ha contorneado y adornado el tex-

to de la Santa Palabra, para que expresase lo que no estaba en ella, porque no han visto ni han comprendido lo que realmente contiene y que tan claramente está definido.

Aquel pasaje del Evangelista, como una gran parte de la vision de Pathmos, entran tambien incontestablemente en lo que se ha dicho: Vosotros no podríais sobrelyear su peso, *non potestis illa portare modò!*

La Iglesia no vió en los versículos citados, sino una alusion al bautismo; hizo mal: todo lo que tiene relacion con el bautismo está expresado claramente en los versículos 25, 26, 28, 31 y 33 del capítulo I y en los 22, 23, 25 y 26 del cap. III, y no es menester buscarlo en otra parte.

No se debe olvidar que en aquella época, el agua era considerada como el principio de la materia; entonces no se conocian mas que los tres elementos: el agua, el aire y el fuego; por consiguiente Cristo no tenia ninguna razon de ir mas allá de la ciencia de entonces. Ateniéndose, pues, á los datos científicos de su tiempo, dijo: *si un hombre no renace de agua*, elemento generador absoluto de toda materia, y por consiguiente del cuerpo, *y de Espíritu*, principio del alma, *no entrará en el reino de Dios*. Finalmente, la interpretacion de aquel versículo por el siguiente: *Lo que es nacido de carne, carne es: y lo que es nacido de espíritu, espíritu es*, es demasiado clara para dejarnos la menor duda sobre lo que queria decir Jesús. Este último versículo es el corolario del primero, y se completan el uno por el otro. La Reencarnacion está contenida en ellos de una manera completa; pero no es solamente allí, amiga mia, donde se halla, como he procurado hacerle ver en el curso de esta carta.

Sin la Reencarnacion, la preexistencia y la inmortalidad del alma, el cristianismo se desploma, y el catolicismo desfallece y se extingue. El dogma del pecado original tan verdadero, tan viviente, tan perfectamente afirmado por el estudio del hombre y de la humanidad, por las desigualdades sociales, y por las aptitudes e inaptitudes de cada uno, puede explicarse tan fácilmente con la ayu-

da de los principios precipitados, que me pregunto, ¿cómo durante tantos siglos, se ha declarado herética una interpretación tan racional? Todas las consideraciones de los escritores y de los oradores cristianos que no han querido apoyarse en aquellos datos generales, no han podido convencer á nadie; se siente correr entre sus mas dogmáticas frases, una vaga inquietud, que acusa en ellos falta de certeza y ausencia de convicción verdadera. Cualesquiera que sean sus demostraciones, no pueden llegar á satisfacer ni al corazón ni á la conciencia: al cabo de sus mas ingeniosas disertaciones como igualmente después de sus mas embrolladas explicaciones, la duda permanece en pie como un punto de interrogación, y la razón no satisfecha del filósofo, les opone victoriamente cada vez esta máxima del mas divino de los profetas: *A cada uno según sus obras.*

Ciertamente, prima mia, los teólogos que hacen nacer el alma y el cuerpo al mismo tiempo, no pueden ser mas lógicos rechazando nuestra teoría del pecado original; pero que necesidad tienen, le pregunto á V., de explicar este dogma de los Libros Santos con las peores razones que se pueden encontrar? ¿No hubiera sido mas prudente decir sencillamente, á propósito del pecado original, que era un misterio? ¿No es considerado como tal el Santísimo Sacramento de la Eucaristía? El misterio se impone, no se discute; mientras que la interpretación ó los comentarios de un dogma llaman fatalmente la discusión, y entonces, sobre este terreno, son necesarias pruebas, razones, lógica y no ingeniosidades.

La interpretación del pecado original que hace remontar al primer hombre la marcha indeleble que pesa sobre la humanidad, conduce al materialismo; esto es fácil de demostrar. Se trata de saber si el alma fué hecha para el cuerpo ó el cuerpo para el alma. Todo está aquí. ¿Qué es lo principal? ¿Qué es lo accesorio? Si el cuerpo domina, si es la causa determinante del ser; si el alma no es mas, como dicen algunos, que la facultad de pensar propiamente dicha, inherente al cuerpo y

dependiente de él, debe pues desaparecer con este. Pero si por el contrario, el alma es anterior á independiente del cuerpo, si este no es mas que su vestido temporal, es evidente que á la muerte del cuerpo, el alma se desprende de su envoltura terrestre y se lanza á nuevas transformaciones. En este caso pues, no podría ser culpable de faltas adámicas, siendo el pecado original que le incumbe, lo que ha motivado sus diferentes encarnaciones terrestres, como motivará sus encarnaciones futuras, hasta el momento en que el hombre haya redimido sus faltas personales: esto es lo que el Espiritismo enseña con una lógica irreprochable y con ejemplos concluyentes.

Pero ántes de pasar mas adelante, si usted quiere, amada Clotilde, apurarémos esta cuestión para no volver mas á ella.

«Los cristianos, segun mi excelente amigo Andrés Pezzani, sostienen que, por el hecho de la primera falta, la naturaleza del hombre ha sufrido una alteración profunda «y ha sentido disminuirse la atracción que le unía hacia á Dios. La humanidad, dicen ellos, cuyo germen está en Adán, heredó su crimen, como habría heredado su virtud. «El sentido del Génesis es justo y profundo; «el hombre probó la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Es decir, que «por su pecado, el bien y el mal invadieron á la humanidad. Sin el pecado no hubiese «habido ni bien ni mal, pero alguna cosa de «preferible al bien, una cosa cuyo nombre «no hubiera tenido contrario, la posesión «persistente del ser, de la voluntad y de la vida; una plenitud de poder, de inteligencia «y de amor.»

Hé aquí la creencia católica sobre el pecado original:

Adam faltó; la raza adámica ha faltado también porque toda la raza estaba en él. De hecho, en el principio, toda la raza humana residía en la primera pareja; estaba toda entera en germen en el Adán y Eva bíblicos. Del mismo modo que una bellota oculta en sí misma innumerables bosques de encinas, así también Adán y Eva encerraban en su

seno todas las generaciones futuras. La cuestión se reduce á saber si las encerraban espiritual y corporalmente á la vez, ó solo corporalmente. Es claro que, si las almas fueron creadas por una especie de coito espiritual y engendrados á la manera de los cuerpos, el virus espiritual pudo trasmisitirse tan fácilmente como ciertas enfermedades hereditarias que se perpetúan de generación en generación. En este caso, la explicación católica del pecado original viene á ser racional, sucumbiendo todas las demás interpretaciones ante el hecho mismo; pero es permitido entonces preguntar, ¿en dónde se encuentra la soberana justicia de Dios? Felizmente esta teoría, combatida por todos los filósofos, se encuentra igualmente desmentida por los mismos textos sagrados, como veremos mas adelante.

No es menos cierto que aquella enojosa interpretación del pecado original, que tan largo tiempo ha tenido fuerza de ley, se introdujo en las leyes sociales, como lo prueban diferentes artículos del código civil que arreglan los derechos de los hijos naturales y adulterinos, los cuales hacen sufrir á estos la pena de las faltas de sus autores.

Hubiera podido abstenerme de esta digresión extraña al asunto de que me ocupo; sin embargo, he aprovechado esta ocasión para manifestar hasta que punto los errores filosóficos y religiosos se reflejan tan vivamente en el dominio social, y á menudo qué consecuencias tan inhumanas se deducen de una teoría que se separa de la lógica y de la razón. En la vida humana todo se encadena de tal modo, y lo espiritual y lo temporal se confunden tan bien, que se establece una cierta solidaridad entre las prescripciones del culto y de la ley. La moral, una é invisible, necesariamente domina á todas las instituciones de los pueblos, cualesquiera que sean, profanas ó sagradas: tal es la causa de la solidaridad sobre la que llamo su atención y la de nuestro amigo. Resulta de todo esto, que el legislador pontifical, ilustrado por los explendores etéreos que hoy brotan de todas partes, debe borrar del código sagrado la

mayor parte de las decretales de la edad media, que solo se dieron en vista de la semi-barbarie de los tiempos. Los sofismas de los dogmáticos, deben abandonar su puesto á una interpretación contemporánea de la grande época Mesíaca, que esté apropiada al desarrollo de las facultades intelectuales del hombre. Vuelvo al objeto especial de mi carta, á la Reencarnación y á la preexistencia del alma.

He dicho que la interpretación católica del pecado original, que hace remontar á nuestro primer padre esta mancha que cada uno de nosotros trae al nacer, nos conduce directamente al materialismo. En efecto, escuchemos este razonamiento de un materialista determinado:

«Si estoy condenado por faltas cometidas, «dicen, hace seis mil años por Adán y Eva; «si soy responsable de los actos cometidos «fuera de la esfera de mi voluntad; si pesa «sobre mí la indigestión de la manzana que «no he comido; si, en fin, soy la víctima «expiatoria de todas las iniquidades de los «que me han precedido en la carne, ¿en dónde está mi libre albedrio? dónde está mi libertad? Mi conciencia se subleva contra semejante injusticia. Puesto que soy «una víctima fatal, destinada antes de nacer «á vuestros castigos, ¿qué me importan los «preceptos de vuestras leyes? Si, inocente, «soy condenado, ¿qué me importa entonces «no ser culpable? Además, si mi alma nació «coetánea con el cuerpo, ¿por qué queréis que «crea en la inmortalidad de la una cuando el «otro está destinado á la destrucción? Si mi «cuerpo se reduce á polvo, ¿por qué mi alma «sobreviviría después de esto? En definitiva, «¿puesto que existía en el seno de Adán y «que por este hecho estoy castigado; ¿quién «me prueba que este castigo no me seguirá «mas allá de la tierra, si acaso voy mas allá? «En la duda, abstente, dice la Sabiduría de las Naciones. Luego yo no creo una palabra de vuestras prescripciones canónicas; «porque, como enseña Lucrecio:»

«El alma nace con el cuerpo, la sentimos «crecer y envejecer con él. En el cuerpo

«tierno y frágil del niño, se agita débil e incierta. Cuando la edad fortifica nuestros «miembros, la inteligencia se desarrolla, y el «alma aumenta su fuerza. Cuando el peso de «los años encorva el cuerpo, enflaquece y «enerva los órganos, el juicio vacila, se extraviá, y semejante á la lengua que tartamudea, el espíritu titubea y se detiene. En «fin, todos los resortes se debilitan y se rompen á la vez. Es menester pues, que el alma «entera se descomponga; y como el humo, «se escape y se desvanezca en el aire; en una «palabra, que siga el progreso y sufra la declinación marcada por el tiempo....»

«Puesto que el alma, así como el cuerpo «que sufre, se altera y se restablece con el «concurso del arte, ella ofrece la prueba de «su mortalidad. El alma sufre la suerte de «todas las sustancias conocidas, cuyo estado «no se pueda cambiar sino aumentando, debilitando ó trasponiendo sus partes.»

«Pero la esencia inmortal no podría sufrir «que se turbasen el orden y el número de sus principios; porque el ser que franquea, transformándose, los límites en que le ha encerrado la naturaleza, cesa en el mismo instante de ser y pierde la existencia. De este modo el alma, ya sea durante el sufrimiento, ya sea en el instante en que se reanima con el concurso del arte, prueba su mortalidad.»

«Qué debo hacer en tal hipótesis? Imitar á Adam, y morder como él la fruta prohibida.»

No tengo necesidad de ponderar á sus ojos, querida Clotilde, la grande inmoralidad de semejante doctrina; la tengo á V. por muy buena cristiana para que no la aprecie como se merece; ese poema impío ni aún tiene para si el mérito de las buenas razones: en él se ultraja la lógica; la idea preconcebida está demostrada en cada párrafo; pero.... Es un poema pagano!

Hé aquí, sin embargo, á donde pueden conducirnos la negación de la preexistencia de las almas y la falsa interpretación del pecado original! Qué lección para los teólogos de la vieja Escuela! Felizmente se está formando otra nueva, menos escolástica y mas

humana, librándose de las preocupaciones del pasado y teniendo en cuenta las verdades descubiertas por los filósofos contemporáneos. Escuche V. lo que dice y lo que demuestra á los que niegan el *pecado original*, Mr. de Montal, obispo de Chartres:

«Puesto que la Iglesia no nos prohíbe creer en la preexistencia de las almas, ¿quién puede saber lo que se ha pasado en lontananza entre las inteligencias?»

Hé aquí un aforismo cristiano, cuya importancia es inmensa, y que yo quisiera ver inscrito en los muros de todas las basílicas: así sucederá. En este estado, y aceptando los datos canónicos del Génesis sobre el primer hombre, y considerándole como el prototipo de la especie, no puede desconocerse que aportó en sí mismo la sucesión de las humanidades posteriores; pero la Escritura nos prescribe que no veamos en él mas que el germen material de la carne. En efecto, qué dijo el Señor á Jeremías, cuando le instituyó como profeta?

«*Priusquam te formarem in utero, novi te; et antequam exires de vulvā matris tuæ, santificavi te; Prophetam in gentibus dedi te.*»

Es decir: «Yo te conocí antes de formarte en el vientre de tu madre; yo te santifiqué en su seno; y te he enviado como Profeta á las naciones.»

Es imposible equivocarse en el sentido de esta frase; es evidente que Dios no envió á Jeremías como Profeta á las naciones sino porque sabía que era capaz de llenar este gran ministerio. Seguramente que el Señor no hubiera dicho á Jeremías: Yo te conocí antes de tu encarnación, si este no hubiese existido anteriormente. Esto es concluyente.

Ah! Clotilde, el que creé que su individualidad no se remonta mas allá de este pedazo de carne que nosotros llamamos cuerpo y al que está encadenado, es bien digno de lástima! Pero yo, como he dicho en otra parte, siento que soy mas que esto, porque el pensamiento que está en mí es tan independiente de mi cuerpo, como un líquido ó un gas lo es del frasco que les aprisiona. Oh! vosotros los

que no veis mas que la materia y que no creéis mas que en la inmortalidad de los átomos! ¡Por qué se anonadaria mi pensamiento, cuando mi cuerpo que no es mas que podredumbre, permaneceria eterno en cada una de sus moléculas? No! No! Mi pensamiento que es el criterio de mi individualidad, la acción directa de mi alma, la razon de ser de mi entidad, no podria ser una consecuencia de la materia, puesto que obra sin saberlo ella y contra su agrado y sus deseos.

Crcia, amiga mia, concluir en los límites de estas primeras cartas, todas las consideraciones que tienen relacion con la Reencarnacion y con la preexistencia del alma, pero veo que aún tengo un contingente de argumentos numerosos que aducir en apoyo de mi tesis, y demasiado importantes para condenarlas al olvido; por otra parte, la salida del correo me impide continuar, por lo que terminaré como los folletinistas en voga por: Se continuará.

Mil cosas al buen abate Pastoret, mis afectos á su mamá y á V. todo mi afecto.

N. N.

EL HOMBRE ANTES DE LA HISTORIA.

Antiguedad de la raza humana.

Acaso, en la historia de la tierra, la humanidad no pasa de ser un sueño, y cuando nuestro viejo mundo se adormezca entre los hielos de su invierno, el tránsito de nuestras sombras por la faz de aquel, no deje quizá en ella recuerdo alguno. La tierra es propietaria de una historia incomparablemente mas rica y compleja que la del hombre. Mucho ántes de la aparicion de nuestra raza, por espacio de siglos y siglos, fué alternativamente ocupada por diversos habitantes, por seres primordiales, que extendieron su dominacion sucesiva por la superficie de aquella, y desaparecieron con las modificaciones elementales de la física del globo.

En uno de los últimos períodos, en la época terciaria, á la cual sin temor podemos señalar una fecha de muchos centenares de miles de años ántes de nosotros, el lugar donde París despliega hoy sus esplendores, era un mediterráneo, un golpe del Océano universal, sobre el cual se elevaba únicamente en Francia el terreno cretáceo de Troie, Róen, Tours; el jurásico de Chaumont, Bourges, Niort; el triásico de los Bosques, y el primitivo terreno de los Alpes, de la Auvernia y de las costas de la Bretaña. La configuracion cambió mas tarde. En la época en que aún vivia el mommut, el oso de las cabernas y el rinoceronte de narices tabicadas, podia irse por tierra desde París á Lóndres, y acaso ese viaje fué hecho por nuestros abuelos de aquellos tiempos, pues habia allí hombres ántes de la formacion de la Francia geográfica.

Diferia su vida tanto de la nuestra como ésta de la de los salvajes de que hablamos en la actualidad. Los unos habian construido sus aldeas sobre estacadas en medio de extensos lagos. Esas ciudades lagunales, comparables á las de los castores, fueron adivinadas en 1853, cuando á consecuencia de una larga sequía, habiendo bajado los lagos de Suiza á un nivel inusitado, dejaron á descubierto estacadas, utensilios de piedra, asta, oro y arcilla, vestigios inequívocos de la antigua habitacion del hombre. Y semejantes ciudades acuáticas no eran una excepcion, pues sólo en la Suiza se han encontrado mas de doscientas. Herodoto cuenta que los Peonios habitaban ciudades semejantes en el lago Prasias. Cada ciudadano que tomaba esposa estaba obligado á llevar tres piedras de la selva vecina y fijarlas en el lago, y como no era limitado el número de esposas, el piso de la ciudad se extendía rápidamente. Las cabañas comunicaban con el agua por medio de un escotillon, y los niños eran atados por el pié á una cuerda para evitar alguna desgracia. Hombres, caballos y volatería vivian juntos y se alimentaban de pescado. Hipócrates atribuye las mismas costumbres á los habitantes del Faso. Dumont d' Urville descu-

brió en 1826 ciudades lagunales análogas en las costas de Nueva-Guinea.

Otros habitaban las cavernas, las grutas naturales ó se construían un grosero refugio contra las fieras, y encuéntranse hoy sus huesos confundidos con los de la hiena, el oso de las cavernas y el rinoceronte ticorino. En 1852, queriendo en Aurignac (Alto-Garon) juzgar un terraplenero la profundidad de un agujero por el que se escapaban los conejos á los cazadores, sacó de aquella abertura huesos de grandes dimensiones. Cavando entonces en el flanco del montecillo con la esperanza de encontrar un tesoro, se halló muy pronto en presencia de un verdadero osario. Habiéndose apoderado del hecho la voz pública, puso en circulación relatos de monederos falsos, de asesinatos, etc. El *maire* juzgó conveniente reunir todos los huesos para depositarlos en el cementerio, y cuando en 1860 Mr. Lartet quiso examinar aquellos antiguos restos, el sepulturero ni siquiera recordó el lugar donde los había enterrado. Gracias, empero, á los escasos vestigios que rodean la caverna, á las huellas de un hogar y á los huesos que habían sido hendidos para extraerles la médula, pudo tenerse la seguridad de que las tres especies mas arriba citadas, han vivido en aquel punto de la Francia al mismo tiempo que el hombre. El perro era ya el compañero del hombre, y acaso fué su primera conquista.

El alimento de aquellos hombres primitivos era ya muy variado. Un profesor pretende que eran carnívoros como doce y frugívoros como veinte; M. Flourens opina que se alimentaron exclusivamente de frutos, pero la verdad es que, desde el principio, el hombre fué omnívoro. Los *kjokkenmoddings* de Dinamarca nos han conservado restos de *cocina antililuviana* que prueban ese hecho hasta la evidencia. Almorzaban ya ostras y pescado, conocían la oca, el cisne y el pato; apreciaban el gallo de corral, el ciervo, el corzo y el rengífero, que cazaban y de los que se han hallado restos atravesados con flechas de piedra. El urus ó buey primitivo les servía ya de potaje, y el lobo, la zorra,

el perro y el gato eran su plato de resistencia. Las bellotas, el centeno, la avena, los guisantes y las lentejas les daban el pan y las legumbres, pues el trigo no apareció hasta mas tarde. Las nueces, el fabuco, las manzanas, las peras, las fresas y las frambuesas ponían término á los manjares de los antiguos Daneses. Los Suizos de la edad de piedra se apropiaron además la carne de bisonte, de ante, de toro salvaje, y habían domesticado la cabra y la oveja. La liebre y el conejo eran desdeñados por razones supersticiosas; pero el caballo, en cambio, ocupaba ya lugar en sus comidas. Al principio, todas esas viandas se comían crudas y humeantes, y, observación curiosa, los antiguos Daneses no se servían como nosotros de sus dientes incisivos para cortar, sino para coger, retener y masticar el alimento, de modo, que no los tenían cortantes como los nuestros, sino aplastados como nuestros molares, y las dos hileras de dientes, en vez de encajarse, se mantenían la una sobre la otra.

No todos los primitivos salvajes iban desnudos. Los primeros habitantes de las latitudes boreales, de Dinamarca, de la Gália y de la Helvecia hubieron de precaverse del frío con pieles y abrigos. Mas tarde pensóse en los adornos. La coquetería y la afición á los tocados no datan de ayer, señoras mías, como atestiguan esos collares formados de sartas de dientes de perro, zorra, ó lobo. Mas tarde aún, las horquillas, los brazaletes y los broches de bronce se multiplicaron hasta lo infinito, y admira la variedad y hasta el buen gusto de los objetos que figuraban en el trabajo de los petímetros de entonces.

En esas remotas edades, se depositaban los muertos bajo bóvedas sepulcrales. Los cadáveres eran colocados en cucillas, tocando casi las rodillas con la barba, replegados los brazos sobre el pecho y aproximados á la cabeza; posición que, segun se ha observado, es la del niño en el seno de la madre. Aquejados hombres primordiales lo ignoraban seguramente, mas por una especie de intuición asimilaban la tumba á la cuna.

Vestigios de las edades ya pasadas, esos

largos túmulos, esos oteros, esas colinas, que en los siglos transcurridos se llamaban «tumbas de los gigantes» y que servian de límites invariables; son los aposentos mortuorios en que nuestros antepasados ocultaban sus muertos. ¿Quiénes eran aquellos primeros hombres? «No sólo por curiosidad, dice Virchow, preguntamos quienes eran esos muertos, y si pertenecieron á una raza de gigantes, cuando vivieron. Semejantes cuestiones se relacionan con nosotros, pues esos muertos son nuestros antepasados, y las preguntas que dirigimos á esas tumbas se relacionan igualmente con nuestro propio origen. De qué raza procedemos? ¿De qué principios ha salido nuestra actual cultura y á donde nos lleva?

No es necesario remontarnos á la creacion para tener alguna luz sobre nuestro origen, pues de otro modo, preciso seria vernos condenados á completa oscuridad acerca del particular. Sobre la fecha únicamente de la creacion se han contado mas de 140 opiniones, y de la primera á la última no hay méjnos de 3,194 años de diferencia! Añadiendo la 141 hipótesis no aclarariamos el problema. Nos limitarémos, pues, á establecer que bajo el punto de vista geológico, el último periodo de la historia de la tierra, el periodo *cuaternario*, que dura aún, ha sido dividido en tres fases: la *diluviana*, durante la cual hubo inmensas inundaciones parciales, y vastos depósitos y acumulaciones de arena; la *glacial*, caracterizada por la formacion de ventisqueros y por un mayor enfriamiento del globo, y en fin, la fase *moderna*. En resumen, la importante cuestion, casi resuelta hoy, era la de saber si el hombre sólo data de esta última época ó de las precedentes.

En la actualidad está comprobado que, por lo méjnos, data de la primera, y que nuestros primeros antepasados tienen derecho al título de *fósiles*, dado que sus huesos (los pocos que nos restan) yacen confundidos con los del oso spelœus, la hiena y los felis spelœa, el elefante primigenius, etc., en una capa que pertenece á un órden de vida diferente del actual.

En esas lejanas épocas reinaba una naturaleza muy diferente de la que despliega sus esplendores á nuestro alrededor; otros tipos de plantas adornaban las selvas y campañas y otras especies de animales vivian en la superficie de la tierra y en los mares. ¿Cuáles fueron los primeros hombres que aparecieron en ese mundo primordial? ¿Qué ciudades fueron edificadas? Qué lenguaje se hablaba? Qué costumbres existian? Semejantes cuestiones están para nosotros envueltas aún en profundos misterios. Pero de lo que tenemos certeza, es de que donde nosotros fundamos dinastías y monumentos, han habitado sucesivamente durante períodos seculares, *muchas razas de hombres*.

Sir John Lubbock, en la obra que sirve de epígrafe á este artículo, ha demostrado la antigüedad de la raza humana por medio de los descubrimientos relativos á los usos y costumbres de nuestros antepasados, como sir Carlos Lyell la había demostrado bajo el aspecto geológico. Cualquiera que sea aún el misterio que envuelva nuestros orígenes, preferimos el resultado todavía incompleto de la ciencia, á las fábulas y cuentos de la antigua mitología.

CAMILO FLAMMARION.

DE LA EMIGRACION DE LAS ALMAS. (1)

(Conclusion.)

El alma es inmortal porque es inmaterial, inextensa, inaprensible, porque es una en sus manifestaciones, y como dice Platon, porque no podemos apercibirla mas que con los ojos del Espíritu. El alma no puede morir con el cuerpo porque no es divisible como él.

Sócrates acaba de exponer á sus discípulos esta teoría de la inmortalidad del alma que se encuentra á cada paso en el *Fedon*. Va á beber el veneno que le presenta el enviado de los once, pero ántes de morir quiere tomar

(1) Véase el núm. 2 de esta Revista, pág. 26.

un baño á fin de evitar á las mugeres la pena de lavar un cadáver.

Entonces Criton le dijo:—Sócrates no tienes nada que recomendarnos á mí ni á los demás, sobre tus hijos ó sobre otra cosa en que podamos hacerte algún servicio?

—Lo que os he recomendado siempre, Criton; nada mas, amaos, cuidaos unos á otros, y creed lo que os he enseñado.

—Qué disposiciones nos das para tú entierro?

—Haced lo que querais; os abandono mi cuerpo, porque apénas trague el veneno, no viviré mas entre vosotros, y os dejaré para ir á gozar de inefables delicias. Os lo repito, la muerte no es mas que un tránsito de una vida de sufrimiento á otra de bienaventuranza.

Platon, uno de los discípulos de Sócrates, reconoce como su maestro la inmortalidad del alma. Admite las existencias sucesivas por las cuales debe pasar el alma para recobrar su pureza primitiva y las recompensas y penas que los dioses le reservan segun haya vivido bien ó mal. La vida del hombre tal como es aquí, decia este filósofo, sería un enigma indescifrable y mas digno de piedad que de estudio, si nada hubiese despues de ella. Añadia que la vida de cada animal se desprende del *foco vital* y vuelve á él luego que aquella se extingue; del mismo modo que cada alma desprendida del *foco divino*, despues de varias peregrinaciones terrestres vuelve mas pura al seno de la divinidad para gozar de la eterna bienaventuranza.

Toda alma no siendo materia sino espíritu es *andrógena* ó de dos sexos.

Un alma situada en el delicado cuerpo de una muger estará sometida á la influencia de los órganos de un temperamento nervioso muy impresionable y particularmente del *útero* que un fisiólogo ha definido *la segunda alma de la muger*. Ella cederá al imperio del amor, á los encantos de la coquetería, á los poderosos atractivos de la maternidad.

Un alma situada en el cuerpo robusto de un hombre, presentará los caractéres que son

propios al sexo masculino, la fuerza, la resolucion, el mando.

Si el cuerpo de muger al cual el alma esta unida se parece al del hombre por la organizacion, por la fuerza, por el desarrollo muscular, mas que nervioso; el alma entonces se manifiesta con cierto carácter masculino, y constituye lo que en términos vulgares se llama un *marimacho*.

Del mismo modo que si el cuerpo del hombre es débil, delicado, enervado, si ha perdido por la castracion los atributos de la virilidad, el alma presentará un carácter femenino y constituirá el hombre *afeminado*.

Es la historia del músico que toca diversos instrumentos, pero que de ningun modo podrá arrancar al oboé los melodiosos sonidos del arpa.

Ligada por primera vez á un cuerpo, constituye *un alma primitiva*.

Despues de la muerte, ó mas bien despues de su separacion del cuerpo, pasa á otro de una naturaleza diferente. Así despues de haber animado el cuerpo de un hombre, animará el de una muger y será un alma *secundaria*.

Un alma primitiva tiene aptitudes, pero nada adquirido aún; así es que puede aplicársele este axioma de los analistas modernos: *Nada hay en el espíritu que no haya pasado ántes por los sentidos*.

Un alma secundaria, llevará al nuevo cuerpo al cual está unida, las ideas y aún las ciencias adquiridas en una vida anterior. Una prueba de esta emigracion de las almas que constituye la *pluralidad de existencias*, se halla en lo que llamamos las *inclinaciones*, las *aptitudes*.

Tal persona está inclinada á hacer una cosa, á emprender una obra, á ejercer un arte, á cultivar una ciencia, apesar de los obstáculos que parecen invencibles, apesar de que el raciocinio prueba el ningun producto de la empresa, apesar de la oposicion de los parientes y de los consejos de los amigos. Una voz interior no cesa de decirle: deja esa pala, ese cepillo, ese martillo, toma una pluma ó un

pincel; llevas en ti el fuego sagrado, naciste artista!...

Hegésipo Moreau, descuidaba su oficio de tipógrafo, para componer admirables poesías. Murió en el hospital.

Enrique Mondeux, joven pastor, resolvía á la edad de ocho años los mas difíciles problemas de cálculo y de matemáticas sin haber recibido ninguna noción de aritmética.

El Giotto, célebre pintor, era pastor también cuando Cimabué le halló dibujando uno de sus corderos con tal perfección, que Cimabué exclamó: «El génio de la pintura está oculto bajo ese humilde traje.» En efecto empezó á trabajar en el taller de Cimabué y no tardó en sobrepujar á su maestro, y fué luego el restaurador de la pintura florentina; fué amigo de Dante y de Petrarca y murió en una edad muy avanzada en medio de honores y riquezas.

Gaspard, distinguido escultor, faltó de maestro, modelaba en medio de los campos, con el primer barro que encontraba, las tallas de los que se le presentaban. Un dia le ocurrió echar mano de la nieve que hábilmente trabajada por sus manos, se convirtió en una estatua que fué la admiración de cuantos la vieron.

El célebre James Fergusson era igualmente pastor y guardaba sus ganados durante la noche, ideó un mapa celeste y le dibujó con una perfección que hubieran envidiado los mas hábiles astrónomos.

Lo mismo sucedió con Jamerey Duval que presentó la misma intuición astronómica, en la misma inferior condición y sin ninguna instrucción especial.

Marfa Simpla, criada de un famoso escultor de Roma, pasaba horas enteras al pie de las estatuas antiguas y aquello que los demás miraban sin que les llamase la atención, escitaba en ella las mas profundas emociones. Esculpió secretamente una estatua de Minerva y la hizo presentar al concurso público. La estatua fué coronada y Marfa estaba mas contenta de los elogios que de ella oía hacer por su maestro que ignoraba su autor, que del premio y de la corona de oro que acababa de

ganar. Marfa murió á la edad de ventiún años.

El panadero de Nimes, Reboul, componía versos aún sin querer, mientras amasaba el pan.

Jasmin, el peluquero, que acaba de morir en Agen, ha conquistado una gran reputación por sus graciosas poesías.

Filippe, célebre violinista, tocaba ya el violin antes de saber andar. También podríamos citar á las jóvenes señoritas Delpierre, que recorren la Europa y presentan á la edad de siete y ocho años, talentos que no se adquieren mas que por un gran trabajo y larga práctica.

Un mecánico muy distinguido, M. Rebillon, relojero de Mâcon, nos cuenta que siendo pastor, á la edad de diez años, sin mas herramienta que un tosco cuchillo de diez céntimos, construyó un reloj que señalaba las horas muy regularmente. El mismo nos decía: yo no conocía absolutamente el mecanismo, pero estableciendo mis sistemas de ruedas, encontraba tan poca dificultad, que me parecía haber ya confeccionado un gran número de ellos. (1).

Cómo nos explicamos tales aptitudes? Un materialista nos dirá: Mondeux tenía muy desarrollada la protuberancia de las matemá-

(1) En un periódico de esta capital del año 1841, leímos que en la tarde del 6 de Mayo del citado año, la Academia de Ciencias Naturales tuvo ocasión de examinar las raras facultades para el cálculo numérico del joven Mangiameli, pastor Siciliano de 16 años escasos de edad; a quien se propusieron varios problemas estudiadamente difíciles, como por ejemplo: convertir una cantidad escrita con quebrados muy altos, en otra expresión, reduciendo estos á nueva forma, con hasta diez y nueve decimales: cuya operación quedó ejecutada al minuto con todo acierto. También se le propuso mostrar en una progresión arbitraria la suma que comprendía al número veinte y dos, quedando igualmente resuelto con la misma velocidad y acierto. El periódico del cual tomamos estos datos, dice: «que resuelve de golpe, ó a lo mas en poquísimos minutos problemas en extremo arduos y complicados cuyo desempeño costaría á los sábios mas duchos en la materia, largas horas ó días enteros». Afade que además de su maravillosa facultad, procede también por los medios científicos modernamente descubiertos, como el de las series, el de los cálculos infinitimales, etc. Nos hemos permitido añadir este ejemplo á los que da el autor porque le recordarán sin duda muchas personas de Barcelona.

ticas; Giotto, la de la pintura; María la de la escultura. Convenido; pero qué son esas protuberancias? Simples instrumentos. Quién les hace funcionar? El alma.

Luego para revelar tales ciencias, es necesario que el alma las haya aprendido; y no puede haberlo aprendido mas que en una existencia anterior.

Reconozcamos que además de las ciencias innatas, hay algunas que se adquieren instantáneamente por medio de las relaciones del alma con *los Espíritus*.

Magnetizaba yo un dia una persona de la clase obrera que no había recibido mas que una instrucción elemental, que ignoraba las reglas de la prosodia, y me anunció en somnambulismo, que estaba dirigida en su lucidez por un Espíritu poeta, estableciéndose luego el siguiente diálogo entre nosotros.

—Ese Espíritu con el cual dice V. está en comunicación, ¿puede iniciarla en las reglas de la poesía, y hacerle componer algunos versos?

—Ciertamente, déme V. pié y juzgará V. de ello.

—A fe mia que se presenta uno muy natural, dirigid algunos versos á vuestros amigos.

Y acto continuo, sin recojimiento alguno, sin vacilar compuso una bellísima poesía que reproducí famos de buena gana si no temiéramos dar demasiada extensión á este artículo.

Otra de mis somnámbulas que jamás había tomado el pincel, ni siquiera estudiado el dibujo, compuso y pintó en estado somnámbulico, dos cuadros que adornan mi salón y causan la admiración de los inteligentes.

La misma en relación otro dia con un *Espíritu botánico* me indicó las virtudes de una porción de plantas que no conocía ni remotamente estando en su estado normal.

En la época en que yo observaba estos interesantes fenómenos, no se hablaba aun de *médiums*. Estos últimos ¿no son crisiacos, que, sin magnetización previa, sin entrar en somnambulismo lúcido, están en relación con los Espíritus que les inician y les dictan lo

que revelan? No tengo la menor duda de que es así.

La existencia del alma, sus diversas emigraciones llevando en una segunda vida los conocimientos adquiridos en una existencia anterior, sus relaciones con los Espíritus están pues tangiblemente probadas y zapan hasta los cimientos las teorías materialistas.

ORDINAIRE. Doctor en medicina.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA. (1)

¿Qué son todas las tribulaciones del mundo, sus dolores, sus injusticias, para el que se tiene inmortal? La inmortalidad es la última palabra de la ciencia y de la vida: lo cambia todo, en nosotros y fuera de nosotros. Dentro de nosotros, hace fácil el sacrificio, puesto que llena toda nuestra alma con sus radiantes esperanzas; fuera de nosotros quita á la desgracia su realidad, la transforma, la aminora, la destruye. Cuando uno se siente inmortal, es menester hacer un esfuerzo sobre su espíritu y sobre su corazón para tomar por lo serio esos sesenta años de pruebas que llamamos la vida humana, y esa agitación de un dia que se llaman negocios y que agotan la actividad de las almas frívolas. El consuelo y la esperanza, esos dos báculos, esos dos ídolos del hombre, nada son sin la inmortalidad que los fundó.

La escuela se fatiga en vano para demostrar al hombre la inmortalidad. Semejante dogma no se demuestra. Es menester que resulte de toda ciencia, así como la espiritualidad del alma, la existencia y la providencia de Dios. Por luminosa que sea la demostración, el espíritu se maravilla siempre del resultado; se resigna con trabajo á hacer descansar sobre estas premisas una conclusión que le hace ver los cielos abiertos. Ah! ¿qué necesidad hay de que se nos demuestre la existencia de la patria? La hemos olvidado

(1) Fragmento de la obra titulada *El Deber*, por M. Jullio Simon, antiguo profesor de filosofía de la Sorbona.

hasta ese punto? Ese cuerpo y ese mundo, y esta materia y este barro, ¿acaso han destruido nunca nuestras alas? Por habernos arrastrado algunos años en la tierra, ¿estamos desheredados del título de hijos de Dios?

Se nos pide que probemos que nuestra alma no es idéntica á nuestro cuerpo, es decir, que el pensamiento es independiente de la extensión. Pero, ¿qué hay en la extensión que la haga necesaria al pensamiento? ¿De dónde le viene esa superioridad? La extensión es la que nos es extraña, la que nos es incomprensible, la que nos sujeta el pensamiento. El pensamiento es tan diferente de la extensión, que la abarca por completo en un instante y aún va mas allá. La extensión es divisible, caduca, efímera, se renueva sin cesar y sin cesar desaparece; sufre y no obra, sufre las leyes mecánicas fatales; no es otra cosa que la triste y sombría imagen de la nada. El espíritu vive y obra. Crea ó al menos trasforma. Tiene relación con lo inmutable y eterno. Las leyes que concibe se imponen á toda la extensión y á toda la duración. El espíritu que sujeta al mundo, es capaz de servirse de él; está hecho para sobrevivirle. El sol se extinguirá; pero para la luz interior, para la razón humana, no habrá noches.

¿Qué es pensar? ¿Acaso es sólo el percibir los cuerpos, describirlos, nombrarlos, clasificarlos? ¿No concebimos acaso el espíritu tan distintamente como el cuerpo? La concepción y la clasificación de los fenómenos, engatona todas las fuerzas de nuestro pensamiento? Mas allá del mundo de los hechos, ¿no hay el mundo de las leyes, que nuestros sentidos no podrían alcanzar, pero que, sin embargo, nuestra razón alcanza? ¿En dónde está la solidez, la eternidad, la simplicidad? ¿Acaso en el mundo de los hechos, ó mas bien en el mundo de las leyes? ¿Y en dónde se encuentra también la mayor energía del pensamiento? ¿Es acaso en sus aplicaciones á lo que es efímero ó perecedero, ó en las concepciones que tienen por objeto lo que no pasa, lo que no se cambia? Con quien tiene analogía nues-

tro espíritu, es con la eternidad. Está creada para no perecer jamás.

Dios no ha hecho nada en vano; este es un axioma que resulta á la vez del espectáculo del mundo y de la contemplación de las perfecciones divinas. Pues, si en nosotros hay poderes inútiles en nuestra vida terrestre, si nuestras mas hermosas facultades, no encuentran en la tierra, ni su aplicación ni su objeto, es porque estamos destinados á vivir en otra parte. Nosotros cruzamos el mundo, como los viajeros que activan su regreso al país natal. Quejémonos del largo camino, y nō de la muerte que lo termina.

¿Cómo nos bastaría este mundo? Entre la nada del pasado y la nada del porvenir, sólo hay un instante fugitivo. A medida que lo estudiamos, perece á nuestra vista. Vivimos; pero cada minuto hace caer al rededor nuestro todos los cuerpos en disolución.

Desde que ya no nos basta el vegetar, nos refugiamos en la ciencia y contra el mundo, es decir, rechazamos la tierra para entrar en el ideal. Dejamos á los individuos que caen bajo nuestros sentidos, por las especies que nuestra razón vuelve á encontrar y á reconstruir, tras los fenómenos que de ellos resultan y que los ocultan al vulgo. Allá apercibimos los principios á los cuales todos los seres vuelven con ahínco; les comparamos entre ellos, descubrimos sus analogías; nos remontamos á los principios de los mismos principios; y de escalón en escalón, llegamos hasta el pensamiento único, pero todo poderoso, que de un solo golpe ha engendrado todas las leyes y toda la materia del mundo, hasta el verbo creador, que abraza en su unidad las leyes, cuyo resultado es la armonía de las esferas. Nuestro espíritu recorre con arroamiento esa jerarquía, semilla fecunda, eterna, de donde brota sin cesar el inagotable torrente de los fenómenos. Hé ahí el mundo de la ciencia, el verdadero mundo, el mundo ideal, la patria de nuestras almas...

Los huéspedes de esas moradas eternas se consideran en el destiérro cuando vuelven á bajar á la tierra. Esa chispa que contiene el mundo, que lo explica, que lo domina, que lo

gobierna, no podría confundirse con el polvo del mundo, ni ser barrido por los vientos del mundo. Todos estos grandes resortes que mueven los astros se descompondrán y dejarán caer los soles, ántes que nuestra alma siente la muerte.

¡Quién se atreverá á decir que el absoluto, que la perfección no sea, ó que el mismo mundo sea la perfección? Si la perfección existe, ya que la conocemos, debemos pertenecer á ella. Cuando los gusanos tomen posesión de nuestro cuerpo, nuestra alma se lanzará hacia Dios que ha entrevisto, que ha ideado, cuya existencia ha demostrado, por quien ha pensado, por quien ha amado; hacia ese Dios que llena nuestra vida de sí mismo y que no nos ha dado el pensamiento y el amor, para que volvamos estos tesoros á la podredumbre y á la nada. Oh Pascal! el universo no puede aplastarme. Que triture mi cuerpo; pero mi alma se le escapa.

Es menester sondear la bondad de Dios por un momento; es menester perderse en ella. ¿Puede ser que Dios sea, y que la desgracia y la injusticia existan? Si yo debo concluir con el cuerpo ¿porqué Dios me ha hecho libre? ¿Por qué se me ha revelado en mi casa? ¿Por qué de lo inmutable y eterno ha hecho el objeto constante de mi pensamiento? ¿Por qué me ha dado un corazón que ningún amor puede satisfacer? Este poder que trasforma el mundo, ese pensamiento que lo mide y pasa mas allá, ese corazón que lo desafía, ¿se me han dado para mi desesperación?

¡Ay de mí! ¿qué es pues esta vida? Una cadena de desengaños amargos, amores puros vendidos, conocimientos que buscamos agotando todas nuestras fuerzas y que sin embargo, se escapan entusiastas ideas de las cuales nos reímos al dia siguiente, hechos que nos consumen, desconfianzas que torturan nuestro corazón, separaciones que hieren nuestros sentimientos mas íntimos y mas sagrados. Hé aquí la vida, si debemos perecer! Y hé aquí la Providencia!

Perecer! Cómo! ¡no habeis visto nunca que la justicia lleve la desventaja en el mundo? ¿No ha triunfado nunca el crimen? ¿No hay

criminales que mueren en medio de su prosperidad, embriagados por sus impías voluptuosidades? ¿Sócrates no bebió la cicuta? La misma historia, ¿es acaso imparcial? La posteridad, esta sombra que el justo invoca, goirá su último clamor? ¿Quién sostendrá el pensamiento que un inocente puede morir en el oprobio y entre suplicios, y que esta pobre alma no sea recibida en el seno de Dios?

Oh última palabra de la ciencia humana! oh santa creencia! oh dulce esperanza! ¿podríamos sin vosotros comprender el mundo, y podríamos soportarlo sin vosotros? Una cadena indisoluble une la libertad, la ley moral, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios. Ni uno solo de esos dogmas puede perecer sin arrostrar tras de sí la ruina de todos los otros. Los abrazamos juntos en nuestra fe y en nuestro amor. La desesperación no puede tener lugar en un alma honesta profundamente convencida de su inmortalidad. Cuanto mas se medita sobre la inmortalidad del alma, tanta mas fuerza se adquiere en este pensamiento, para resistir á los disgustos de la vida. Mortales, ese mundo es nuestra verdadera patria, de él sacamos nuestras penas y nuestros placeres, felices si nos absuelve y nos recompensa, desgraciados si nos rechaza y nos condena. Inmortales, no hacemos otra cosa que cruzarla; para nosotros sólo es un incidente efímero, y todo está bien, á despecho del sufrimiento y del dolor, con tal que lleguemos al término de la pruebas, libres de toda mancha. El dolor y la muerte pierden su agujón, cuando fijamos la vista en este porvenir sereno. La muerte es tan poca cosa, que los hombres se reunen en los días festivos para verla representada; la guerra misma se hace con pompa y con cierta ceremonia. Estas son escenas de teatro y nada mas; representemos nuestro papel de buen grado y no acusemos á la Providencia por pretendidas desgracias que dejarímos con la envoltura. ¿Es acaso nuestra alma la que sufre y muere? No, nó, es el hombre exterior, el personaje. Nuestra vida está con Dios. No hay pensamiento real, sustancial, sino el pensamiento del Eterno. No hay otra acción ver-

dadera que el cumplimiento del deber. Sólo el deber es verdad, el mal es nada. «Hombre, de que te quejas (1)? De la lucha? Es la condición de la victoria. De una injusticia? Qué es esto para un inmortal? De la muerte? Es la libertad.»

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

BARCELONA 2 ENERO 1869.

MÉDUM, M. C.

La union es la fuerza.

Amigos míos: soy yo quien vengo á hablaros hoy. Mi voz se esforzará en demostraros las excelencias de la union, sobre la cual nunca insistiré bastante.

Vivir unidos entre sí, equivale á desarrollar una poderosa fuerza capaz de cambiar de sitio á las montañas, como decía el divino Maestro. La union, la union, repiten á cada momento los hombres; pero qué es la union? ¿Lo saben la mayor parte de los que lo dicen? Ciertamente que no. Vosotros estais en camino de saberlo; porque empezais á tener conocimiento de esta poderosa ley, de esta inquebrantable palanca que ha de revolucionar al mundo entero, y que vosotros llamais la ley de los fluidos.

El fluido congregado, unido, y dirigido al bien lo puede todo; todo, entendedlo bien. Él constituye aquella misteriosa potencia que tan grandes hechos puso al alcance de Jesús; pues no de otro modo que por medio del fluido fueron por él producidos.

Cuando un hombre sano de voluntad y de proceder recto, emite su fluido hacia un punto determinado, ese punto se acerca por decirlo así, al hombre, y este, teniéndolo ya á su disposición, puede encaminarlo á los fines nobles que mejor le parezcan. Y si esto hace

un solo hombre, ¿qué no harán varios reunidos? Qué no hará el fluido acumulado y hacia un punto determinado dirigido? Figuraos la mayor de las potencias físicas, figuraos la mayor de las fuerzas materiales; dotadla en vuestra imaginación de todas las condiciones favorables que mejor os cuadren, y comparadla despues con la fuerza fluidica acumulada. Qué será aquella? punto ménos que nada; porque nada es lo físico comparado con lo espiritual, nada lo material equiparado á lo etéreo.

La fuerza fluidica pues, bajo este aspecto considerada, es digna de cultivo, y para cultivarla no hay mas que fomentarla en la union, que es la base de todos los edificios duraderos y verdaderamente robustos. Edificad sobre la union, sobre la concordia y levantaréis obras de siglos, para valerme de vuestro lenguaje; obras imperecederas, eternas, en una palabra. La union lo es todo. La union de los átomos produce los globos; la union de los fluidos produce las grandes ideas; las grandes concepciones.

Termino pues, con esta frase: *Union y caridad*, es decir, union siempre, puesto que la caridad no es mas que la union de todos los sentimientos nobles.

APOLONIO.

PARIS 20 DE JUNIO DE 1869.

La regeneracion.

(MARCHA DEL PROGRESO.)

Muchos siglos ha que la humanidad sigue uniforme su marcha ascendente á través del tiempo y del espacio. Cada generacion recorre etapa por etapa la senda del progreso y si difieren en los medios infinitamente variados que la Providencia ha puesto entre sus manos, están, no obstante, destinadas á fusionarse, á identificarse en la perfección, puesto que todas ellas parten de la ignorancia y de la inconciencia de sí mismas, para acercarse indefinidamente á un mismo fin, que es

(1) Plotin, Enn., III, lib. II, cap. 15; et Enn., II, libro IX, cap. 9.

Dios; para alcanzar la suprema felicidad por el amor y el conocimiento.

Sucede á los mundos y al universo, lo que á los pueblos é individuos. Las trasformaciones físicas de la tierra que nutre al cuerpo, pueden dividirse en dos mundos, así como las trasformaciones morales é inteligentes que ensanchan el corazón y el espíritu.

La tierra se modifica con el cultivo, por el desenlace de las malezas y los esfuerzos perseverantes de sus interesados poseedores; pero á esta incesante perfección, se juntan los grandes cataclismos periódicos que son para el Supremo regulador, lo que el azadón y el arado para el labrador.

La humanidad se trasforma y progresá por el estudio perseverante y por el cambio de ideas. Instruyéndose é instruyendo á los otros, se enriquecen las inteligencias, pero son indispensables los cataclismos morales que regenerando las ideas determinen la adopción de ciertas verdades.

Progresivamente y sin dificultad ninguna se asimilan las consecuencias de las verdades adoptadas; pero es preciso un concurso immense de esfuerzos perseverantes para hacer aceptar nuevos principios. Se anda lentamente y sin fatiga en una superficie plana, pero necesita reunir todas sus fuerzas para trepar un sendero agreste y atravesar los obstáculos que se le presentan.

Entonces, es, cuando para adelantar, el hombre debe necesariamente romper la cadena que le sujetá á la picota del pasado, por la costumbre, la rutina y la preocupación; de otra manera siempre permanece el mismo obstáculo y cae en un círculo vicioso, hasta que haya comprendido que para vencer la resistencia que cierra el camino del porvenir, no basta romper las armas viejas y melladas, sino que es preciso crear otras.

Destruir un buque que de todas partes hace agua, ántes de emprender una travesía marina es obra de prudencia, pero para realizar el viaje es necesario crearse nuevos medios de transporte. ¡Hé aquí, no obstante, el lugar donde actualmente están ciertos hombres de progreso, en el mundo moral y

filosófico, como en los otros mundos del pensamiento! ¡Todo lo han minado, todo lo han atacado y acometido! En todas partes se demuele, pero no han comprendido aún que sobre esas ruinas se debe levantar algo más formal que un pensamiento libre y una independencia moral independientes solamente de la moral y la razón. La nada en que ellos se apoyan, solo es una palabra profunda porque es completamente hueca. Dios no ha creado los mundos de aquello que el hombre no pueda formarse nuevas creencias sin fundamento. Estos fundamentos, ó bases están en el estudio y en la observación de los hechos.

La verdad eterna, como la ley que la consagra, no espera para existir el beneplácito de los hombres; existe y gobierna el Universo, á pesar de los que cierran los ojos para no verla.—La electricidad existía ántes de Galvani y el vapor ántes de Papin, como la nueva creencia y los principios filosóficos del porvenir existen, ántes que los publicistas y los filósofos los hayan consagrado.

¡Sed trabajadores constantes é infatigables! Si os tratan de locos como á Salomon de Cañis, si os rechazan como á Fulton, no os arredréis, porque el tiempo, este supremo juez, sabrá hacer salir de las tinieblas á los que alimentan el faro que debe un día iluminar toda la humanidad.

Sobre la tierra, el pasado y el porvenir son los dos brazos de una palanca, que tiene al presente por punto de apoyo. Mientras que la preocupación y la rutina reinen, el pasado está en su apogeo, pero desde que la luz se extiende, la báscula se mueve, y el pasado, que obscurece, desaparece para dejar paso al porvenir que brilla.

ALLAN KARDEC.

ESPIRITISMO RETROSPECTIVO.

EVOCACIONES ESPIRITISTAS DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS. (1)

Es muy sabido que el papa S. Leon, escribió á S. Flabiano, obispo de Constantinopla,

(1) De *La Verité*.

una célebre carta sobre la herejía de Eutiches y de Nestorio, pero no todos saben que ántes de enviar esta carta, la depositó en la tumba de S. Pedro, que mandó abrir, después de lo cual se puso á orar ayunando cuatro días, pidiendo encarecidamente al principio de los apóstoles que corrigiera él mismo, aquello que pudiera haber escapado á su debilidad y á su prudencia que fuese contrario á la fe y á los intereses de la iglesia. Al cabo de cuatro días se le apareció el apóstol S. Pedro y le dijo: *He leido y corregido.* —El papa abrió la tumba y en efecto, halló el escrito corregido sobrenaturalmente. (1)

Hé aquí resuelta la cuestión sobre el asunto que nos ocupa.

Es Gregorio de Cesarea (2), y después de él Nicéforo (3), que cuentan lo que pasó en los términos siguientes:

«Mientras que el concilio celebraba* aún sus sesiones y ántes que los Padres hubieran podido firmar sus decisiones, murieron dos piadosos obispos, Crisantus y Musonios. El concilio después de haber pronunciado su sentencia, sintiendo que estos no pudieran añadir su voto á los demás, se trasladó en cuerpo á su tumba y uno de los padres tomó la palabra y dijo: Santísimos pastores, todos unidos hemos concluido nuestro trabajo y luchado en los combates del Señor; si nuestra obra os es agradable, tened la bondad de manifestárnoslo, poniendo vuestra firma. —Acto continuo la decisión del comité fué cerrada y depositada en la tumba sobre la cual se puso el sello del concilio, pasando luego toda la noche en oración. Al dia siguiente al amanecer, rompieron los sellos y hallaron al pie del manuscrito las líneas siguientes, acompañadas de las firmas y rúbricas de los difuntos consultados. *Nosotros, Crisantus y Musonios, que hemos convenido con todos los Padres al primero y santo Concilio ecuménico, aunque al presente despojados de nuestros cuerpos, nos adherimos á su de-*

cisión y firmamos con nuestra propia mano. La iglesia, añade Nicéforo, considera esta manifestación como un triunfo muy notable y positivo contra sus enemigos.»

En cuanto al Espiritismo, tiene el derecho de decir después de tales hechos, que el clero romano ya que se titula inmóvil no ha estado muy acertado y ha sido muy ilógico condenando la evocación de los muertos. ¿Y qué es lo que vemos aquí? Un papa y un Concilio ecuménico entero solicitar del apóstol S. Pedro y de dos obispos lo que hemos convenido en llamar *escritura directa de los Espíritus* y obtener, además de esta escritura de ultratumba, la *aparición* del principio de los Apóstoles. (1)

E. E.

UN HECHO HISTORICO,

EXPLICADO POR EL ESPIRITISMO.

En sus *Vidas de hombres ilustres*, biografía de Camilo, párrafo XVI, refiere Plutarco el siguiente hecho:

«Otra señal había precedido al destierro de Camilo, y fué que un ciudadano, llamado Marco Ceditius, ni noble ni senador, pero si hombre de bien y apreciado por su virtud, hizo participes á los tribunos militares de un acontecimiento que juzgó digno de la atención de éstos. Contóles que la noche anterior, yendo por la calle Nueva, oyó que le llamaban en voz alta, y que, habiendo vuelto la cabeza, no vió á nadie; pero que una voz mas fuerte que la de un hombre, le había dicho: «Marco Ceditius, vé mañana á decir á los tribunos militares que esperen, dentro de poco, á los Galos.» Los tribunos se rieron y burlaron de Ceditius y, poco tiempo después, fué desterrado Camilo.»

Ocúrrenos, ante todo, la siguiente pregunta: ¿es cierto el hecho que acabamos de

(1) *Sofronius*, cap. CXLVII.

(2) *Lipomoma*, t. 6, *Discurso sobre el sinodo de Nicaea*.

(3) *Libro VIII*, cap. XXIII.

(1) Véase el *Libro de los Médiums*, 2.ª parte, cap. VI: *Apariciones*, y el cap. XII: *Escritura directa*.

trascibir? Puede, sin duda alguna, ser falso, puede muy bien ser una de esas muchas consejas que en todos los pueblos abundan, y á la cual impremeditadamente quizá, prestó ligero oido el fecundo y reputado biógrafo. Absurdo fuera negar la posibilidad, y nosotros deseamos no incurrir en el absurdo.

Pero adviértase sin embargo, que, tratándose de hechos como el que nos ocupa, Plutarco suele mostrarse muy escrupuloso. Cuando sobre un acontecimiento que refiere, existen diferentes versiones, opta siempre por la mas natural; rechaza á menudo como fábulas, relatos que, como incontestables, andaban en boca de los griegos y romanos de su época, y en mas de una ocasión se detiene á explicar racionalmente lo que el vulgo creía en aquel entonces obra directa é inmediata de *los dioses*. Léanse las obras del ilustre hijo de la Beocia, y se verá que no exageramos en severidad histórica.

Pues bien, á pesar de esas cualidades de historiador grave, que concurrian en Plutarco, no se desdenó de acoger en su obra inmortal el relato que nos viene ocupando. Hace mas aún, pues trata de rodearle de la mayor veracidad posible, haciendo constar que, si bien Ceditius no era ni senador, ni noble, merecía el aprecio de sus conciudadanos por su virtud y por su honradez. Estas observaciones y la suposición nada gratuita de que Plutarco, ántes de aceptar el hecho para transmitirlo á la posteridad, haría todas las investigaciones que estuvieran á su alcance, nos inclinan á tenerlo por cierto y verdadero.

A las anteriores reflexiones, debe añadirse el principio de que no nos es licito rechazar como falso un acontecimiento histórico, por la única y exclusiva razón de que no lo comprendemos, ó no está conforme con nuestras creencias. De no ser así, ¿á que vendría á reducirse la historia? A lo qué á cada cual se nos antojase, pues todos iríamos eliminando de ella lo que no estuviese conforme con nuestras convicciones, de modo, que el venerando libro de la historia quedaría reduciendo á unos cuantos hechos que, por su senci-

llez y vulgaridad, serían por todos aceptados. Y es esto posible? Nō ciertamente.

Para negar un acontecimiento histórico, es de todo punto necesario demostrar primero que *no pudo tener lugar*, y aducir después las pruebas incontestables de su falsedad. Mientras así no se haga, poca ó ninguna fuerza tienen la negación y nuestras dudas; el hecho se mantendrá en todo su vigor, por mas que no sepamos explicárnoslo. Ah! si sólo lo que el hombre sabe explicar fuese cierto, ¡cuán pequeño sería el número de nuestras realidades científicas! Y además, ¿quién puede asegurar que el hecho que nos ocupa es inexplicable? Léjos de serlo, y prescindiendo de la negación absoluta que hemos intentado rebatir victoriósamente, el acontecimiento referido por Plutarco, lo mismo que muchísimos otros de igual índole que á menudo se citan, admite varias y distintas explicaciones, aunque una sola ha de ser y es la verdadera.

Lo primero que se ocurre pensar es, que Ceditius pudo encontrarse por una causa cualquiera entre los Galos, y que, habiendo oido decir á uno de sus mas acreditados jefes, tal vez al mismo Breno, que pensaban asediar á Roma, se resolvió, de regreso á su patria, á notificarlo á los tribunos militares. Pero entonces, ¿á qué idear toda la comedia de la voz mas fuerte que la de un hombre? Para que los tribunos le prestasen mayor crédito. Aunque el procedimiento no era de lo mas acertado, como lo prueba el resultado que obtuvo, á pesar de que se limitó á narrar lo que le había sucedido; aunque mucho mayor crédito hubiera alcanzado, diciendo lisa y llanamente que á los mismos Galos les había oido decir que tenían resuelto atacar á Roma, lo que no podía ocultarse aún á la mas obtusa inteligencia; damos de barato que Ceditius ideó una comedia para robustecer lo que ya sabía. Pues bien, esa explicación, que parece tan terminante, es falsa y la historia la niega rotundamente.

En efecto, la toma de Roma y asedio del Capitolio por los Galos, fué un hecho resuelto

con muy poca anticipacion, hallándose ya aquellos en Italia, y á consecuencia de la violacion del derecho de gentes cometida por los embajadores del pueblo romano. Los Galos sitiaban á Clusio, ciudad de la Etruria, y habiendo esta ciudad impetrado de Roma que enviase cartas y embajadores á aquellos *bárbaros*, para que levantasen el cerco, Roma accedió gustosa. Pero los *bárbaros* no aceptaron las proposiciones de los embajadores; éstos entraron en la ciudad sitiada, y en vez de referir sencillamente lo ocurrido, animaron á los de Clusio, pusieronse al frente de ellos, é hicieron una salida contra los Galos. Quinto Fabio, muerto y reconocido por el mismo Breno, vino á poner de manifiesto la traicion de los embajadores romanos, y enfurecidos los Galos cayeron sobre Roma, cumpliéndose la profecía de Ceditius.

Como se vé, aquellos *bárbaros* no tenian intento de atacar á Roma, y quizá no lo hubiesen hecho á no ser la traicion de los embajadores, con lo cual queda demostrado que Ceditius, aún suponiendo que hubiera estado entre los Galos, no podia tener noticia del ataque, mayormente cuando el hecho referido por Plutarco tuvo lugar ántes de penetrar aquellos en Italia. Luego la explicacion dada mas arriba, es inadmissible, puesto que la historia la desmiente. Y por la misma razon lo es la de que Ceditius, deduciendo lógicamente del estado de ánimo de los Galos, pudo por sí mismo, y sin necesidad de ninguna intervencion extraña, predecir aquel acontecimiento, tan fatal en un principio al pueblo romano. Nada mas lejos del ánimo de los Galos, como hemos visto, que atacar á Roma. Su resolucion fué momentánea.

Tambien pudiera explicarse el hecho, atribuyéndolo á la *casualidad*; pero ¿qué persona algun tanto ilustrada atribuye seriamente nada á la *casualidad*? Y qué es la *casualidad*? O una vaciedad, ó lo que todos hemos convenido en llamar la Providencia. En el primer caso, nada tenemos que decir, pues jamás hemos gustado de ocuparnos de vaciedades; en el segundo, queda aún inexplicado el hecho; porque se hace necesario exponer la

ley á que lo sujetó la Providencia. Ya sabemos que ésta es la causa mediata de todo; pero, ¿cuál es la inmediata del caso propuesto? Hemos examinado todas las explicaciones que se nos han ocurrido, sin que ninguna haya sido suficiente á aclarar la verdad. Luego para los que no aceptan el Espiritismo, el hecho referido por Plutarco es falso, y debe ser borrado de los anales históricos, lo cual puede ser muy cómodo, pero tambien muy aventureado y peligroso. Nosotros no queremos proceder tan inconsideradamente, y aceptando la nueva ciencia, vamos á procurar explicar el hecho que nos ocupa.

Las personalidades colectivas, como las individuales, tienen sus Espíritus simpáticos y guardianes que velan por su conservacion y prosperidad. Cuando vén anticipadamente—para los Espíritus superiores no existe futuro ni pasado—que la personalidad con quien simpatizan correrá peligros, procuran, si Dios se lo permite, preservarla de ellos, dándoseles á conocer á sus jefes ó gobernantes. Cómo lo hacen? Buscando un individuo que tenga alguna de las facultades medianímicas, y que por su *virtud y honradez* no sea sospechosa á las personas, á quienes ha de dirigirse; individuo de que se vale el Espíritu como de un instrumento, como nos valemos nosotros de la telegrafía eléctrica para avisar á un amigo ausente del peligro que le amenaza, y que él ignora. Hé aquí, pues, espiritistamente explicado el suceso, que parecía inexplicable. Roma iba á ser atacada por los Galos; Dios permitió á uno de los Espíritus simpáticos ó protectores de aquella, que lo viese anticipadamente y que lo revelase á los tribunos militares, y el Espíritu echó mano, para hablar con éstos, de Marco Ceditius, que era un médium auditivo, ó intuitivo. Dada la existencia é individualidad del alma, despues de la muerte; admitido que los afectos espirituales no concluyen, sino que, por el contrario, se acrecientan, con la destrucción del cuerpo, y sentada la providencia de Dios que á todo alcanza, ¿qué tiene de irracional la explicacion espiritista? Nada, absolutamente nada. Y sin embargo, si hoy vi-

viese Marco Ceditius, y recibiera el encargo de hacer alguna revelacion á nuestros tribunos militares, seria acogido del mismo modo. Se reirian y burlarian de él.

MAGNETISMO Y SONAMBULISMO.

PARIS, 1864.

El sonambulismo prueba tambien la reencarnacion.

Vuelvo á vosotros como os ofrecí. Esta comunicacion versará sobre el magnetismo; conozco que solo esto puede interesaros. Soy el Magnetizador Mesmer, con la sola diferencia de que sé mas que no sabia y en donde estoy, ninguna pasion humana se mezcla en mis lecciones y digo lo que sé que es verdad. Quiero hablaros de otro efecto del magnetismo, el cual prueba la reencarnacion y por lo mismo atestigua de una manera irrecusable el poder del alma sobre la materia; de esto mismo os hemos indicado algo en la precedente instrucion (1). A continuacion nos proponemos demostrar que la vida anterior, vuelve al alma la memoria y facultades que sin ella no podrian explicarse.

El espíritu del magnetizador, en *relacion, comunicacion, communion* con el alma (ó espíritu) del magnetizado, por las razones que dejamos expuestas, adquiere un poder fluidico sobre éste. Si está purificado, por lo que será mas fuerte *moralmente*, lo domina. Pero acontece á menudo que el *sonámbulo* está mas *espiritualizado* que su magnetizador; en este caso el sonámbulo es quien se impone al magnetizador, cambiándose de este modo los papeles: El sonámbulo pregunta y el magnetizador contesta. Este es el motivo porque yo he visto y veo aún sonámbulos que preguntan cosas fuera del conocimiento del magnetizador, y esto hace que no pueda explicar-

los; de este modo el sonámbulo domina la facultad del magnetizador, que se ha hecho *insuficiente* y de cierto modo su alma es la que se encarga de *preguntar*. En este estado recobra su libre *albedrio* y va á donde su voluntad le conduce. Habla porque tiene dominio sobre la materia de la cual se sirve. Es su agente, su intérprete, su secretario segun el empleo que quiere darla. Recuerdo á una joven, *sonámbula lúcida*, como decís vosotros. Este médium vidente no poseia otro idioma que el francés no muy correcto. Dormida hablaba y escribia el inglés y el aleman con tanta gracia y elocuencia, que revelaba la education mas esmerada y el espíritu mas instruido. Su magnetizador no podia seguirla por ese camino que no conocia. Entonces no comprendí como esa niña de 14 ó 15 años habia adquirido un saber que necesita muchos estudios; comprendia bien que el alma se trasportaba al país cuyo idioma hablaba, pero ¿y ese saber, y esas citas de los autores mas profundos? Esto confundia mi razon. Una palabra me lo hubiera explicado todo: ¡REENCARNACION! Entonces hubiera comprendido que esta alma habia ya *existido*: el cuerpo era joven, pero el alma continuaba su marcha progresiva, volviendo á la tierra y encontrando en su pasado, lo que habia visto y adquirido en otras encarnaciones.

Vosotros que conocéis el Espiritismo y sus luminosas doctrinas, habeis podido comprobar en diferentes ocasiones lo que os he dicho, pero no sucede así con todos nuestros hermanos que no son aún tan felices como vosotros. Para ellos escribimos, y de este modo se explicarán lo que para su inteligencia está aún en el misterio y el magnetismo adquirirá otra revelacion. Aproximándose tambien esta vez al rayo que sale del foco y que aumenta de dia en dia, les hará ver el horizonte de los conocimientos celestes y terrestres.

Hoy tengo conocimiento de la maravillosa relacion que tienen las almas entre sí, y este conocimiento os explicará las *adivinaciones* de los sonámbulos; esa simpatía que atrae al espíritu hacia el hermano, cuya materia se aleja, pero no se separa, porque hay entre

(1) Véase el número 2, pág. 43, de esta Revista.

ellas, una *corriente magnética* que vá de la una á la otra, telégrafo eléctrico que transmite todas las preguntas y respuestas por medio de un poder oculto, que atravesando la envoltura corporal, como la electricidad cruza el espacio, invisible para el espectador, se hace patente sólo por el resultado. Si la ciencia se prestara á levantar la venda que el amor propio coloca ante sus ojos, con el magnetismo y sonambulismo tendría *auxiliares poderosos* de los cuales se sirve el charlatanismo.... Marchemos hermanos; no os sirváis de armas que pueden volverse contra vosotros mismos!.... Sin duda que puede haber charlatanes, pero ¿acaso no los hay en todas las ciencias? ¿Debe desterrarse la morfina de la farmacia, porque tal desgraciado se ha servido de ella para envenenarse? ¿Deben cerrarse las cátedras de Medicina, porque alguno haya enseñado un error?.... Nō y mil veces no!... No rechaceis, pues, el magnetismo bajo ningún *pretexto*. Es verdad que el magnetismo simplificará la medicina, pero la humanidad ganará en ello.... Mis queridos hermanos, ya veis que es menester estudiarlo y admirarlo. ¿Crees acaso que Dios tiene suspendidas sobre vuestras cabezas las ramas de un árbol cargado de ciencia y de *enseñanza*, revelando un agente con doble poder, el *alma y la materia corporal*, esos principios de fe y de vida, para que vosotros los rechaceis?... Esto se parecería á los siglos de ignorancia en que se rechazaba el vapor y otras cosas que al fin vosotros aceptais y proclamais.

Vosotros estudiareis, sí, y entonces ya no se me tendrá por loco ni charlatan y mi alma gozará, no por amor propio, porque el poder y la gloria sólo pertenecen á Dios, sino por mis hermanos de la tierra que encontrarán en el magnetismo, los motores de las creencias, que destruirán la serpiente que envenena el corazón de las naciones: el *materialismo*.

MESMER.

VARIEDADES:

Con el mayor gusto insertamos la siguiente comunicacion y estamos dispuestos á publicar como ejemplo todas las buenas acciones de los hombres siempre que para ello se nos pida.

Sr. Director de *La Revista Espiritista*.

Muy Señor mio: habiendo llegado casualmente á mis manos el último número de su ilustrado periódico y habiendo visto en él que entre otras noticias se piden tambien «sobre hechos morales, ó actos notables de desprendimiento y abnegacion,» les remito el siguiente hecho que honra mucho á su autor.

El acuerdo que en la imprescindible necesidad en que se encuentra el Municipio de hacer economías, se tomó últimamente sobre supresion de algunas plazas de sus oficinas, llevaba el desconsuelo á una familia cuyo jefe era un empleado de las mismas; inteligente jóven que muy poco tiempo antes había contraido matrimonio confiado en su destino, y éste se quejaba amargamente de su suerte al oficial 1.^o D. Antonio Esquerra, uno de los empleados mas antiguos del Ayuntamiento: el buen anciano no pudo ménos de condolerse de la situación en que quedaba su compañero de oficina, y en un arranque de sublime abnegacion le ofreció hacer su dimision, fundada en su avanzada edad, á fin de que su jóven compañero no quedase sin colocacion: inútiles fueron cuantas reflexiones se le hicieron; inútil fué la demostracion evidente de que no contando con otros recursos que su sueldo, iba á quedar en la miseria, pues su avanzada edad no le permitia dedicarse á otro trabajo que al de una oficina en la que estuviese muy versado; su abnegacion, su amor al prójimo pudo mas y confiado en la Providencia presentó su dimision y el 1.^o del corriente cesó en su cargo, entrando á desempeñarlo el sujeto por quien se había sacrificado. Grande fué la admiracion que causó la conducta seguida por el Sr. Esquerra, tan raros son los actos de esa naturaleza, que al principio nadie

creia en la realidad del suceso; pero los hechos eran ciertos, su abnegacion era evidente y el sacrificio estaba consumado; pero el Sr. Esquerra había confiado en la Providencia y ésta no le desamparó. Algunos concejales sabedores de tan magnífima acción presentaron una proposición al Ayuntamiento jubilando a tan digno empleado, la cual fué aprobada casi por unanimidad, apesar de lo exhaustas que se encuentran las cajas municipales, en la sesión del martes 13 del corriente.

No añadiré comentarios: hechos de esta naturaleza brillan con su simple narración y son bastante por sí solos a inspirar veneración y respeto hacia su autor y en los corazones no corrompidos deseo de imitarlos.

De V. amigo y servidor Q. B. S. M.

R. G

Barcelona Julio 24 de 1869.

EL LIBRO DE JOB.

Vosotros cuyo cuerpo está sometido a los sufrimientos; vosotros los que llorais por la pérdida de vuestros hijos, de vuestros amigos, o que debeis sobrelyear los inesperados golpes de la fortuna; vosotros también los que estais impacientes en el puesto en que la sociedad os ha colocado y murmurais contra la Providencia; leed, meditad el libro de Job, y el consuelo y la resignación, descenderán sobre vuestro corazón.

Y vosotros también, los que poseéis todos los bienes de este mundo, salud, riquezas, honores, leed el libro de Job, para que os recuerde toda la fragilidad de esos bienes, con los que os dejais embriagar. Estremeceros de la prueba formidable a la que os someten en la tierra, y rescatad tanto como dependa de vosotros esas prosperidades, volviéndoos mejor, mas humanos, mas temerosos ante Dios, que de este modo prueba vuestro orgullo y

vuestra ingratitud, en fin, todos los malos instintos de nuestra naturaleza.

En efecto, de ese libro de Job, salen las verdades mas fundamentales como antorchas bienhechoras:

Nuestro libre albedrio.

Bajo la dirección de la conciencia, muy a menudo adormecida, despreciada o falseada por nuestras pasiones o nuestros vicios.

De donde se sigue como consecuencia,

La invasion del mal moral,

Y lo que de ello resulta inevitablemente:

Las pruebas.

De aquí la lucha incesante:

Las seducciones del vicio y las exigencias de la virtud;

La humildad de la sumisión, o el orgullo de la sedición, en presencia del vicio muchas veces glorificado y triunfante; de la virtud, lo más amenudo abatida y trocada en burla.

Después:

La Providencia que dispone de los bienes y de los males.

Según los secretos designios en vista de nuestro mejoramiento moral, es decir:

Toda la historia de nuestra vida.

De donde se sigue forzosamente para el cumplimiento de la Justicia Divina, más allá de esta vida pasajera,

La inmortalidad del alma.

Y lo que es su consecuencia,

Una recompensa para los buenos.

De este modo en un drama sublime y bajo las formas de la más alta poesía, este libro, tal vez el más antiguo de los que el tiempo ha dejado llegar hasta nosotros, nos enseña los misterios más profundos de nuestra condición en la tierra.

UN CONSEJO.

Joven: sé pobre y continua siéndole, mientras que los que te rodean se hacen ricos por el fraude y la traición. Quédate sin coloca-

cion y sin poder, miéntras que los otros mendigan sus posiciones elevadas. Sobreleva la pena que te causan tus esperanzas contrariadas, miéntras que los otros obtienen el cumplimiento de las suyas por medio de la adulacion. Abandona la mano que te estrecha con agasajo y que los otros buscan arrastrándose y haciendo bajezas. Escúdate con tu virtud; trabaja para encontrar un amigo y el pan de cada dia. Y si en semejante contratiempo de la vida, llegas á encanecer con el honor intacto, bendice á Dios y muere.

Heinzelmann.

UNA COMPARACION.

El curso del tiempo y el de los ríos es igual. Ambos prosiguen igualmente su viaje sin el menor descanso. Ninguna riqueza puede alcanzar la calma silenciosa de su curso, ninguna oración puede detener su corriente. Cuando pasan es de un modo irrevocable, y al término de su carrera igualmente se precipitan en un ancho Océano. Aun cuando se parecen en todo, hay sin embargo una diferencia entre ellos que impresiona al corazón reflexivo. En donde abundan los ríos ¡cuán risueña está la tierra y cómo se corona de flores y frutos variados! pero el tiempo, que debería enriquecer al espíritu, cosa más noble, si se descuida, deja tras sí un horrible estrago.

William Couper.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. M. P. Mahon. Recibidos los 12 rs. para la suscripción y 12 para el Evangelio que se remitirá tan pronto como esté encuadrado.

Sr. D. T. C. Ciudad Real. Recibidos los 12 reales.

Sr. D. L. J. Canet. Recibidos los 20 rs.

Sr. D. I. L. Madrid. Recibida la libranza y hecha efectiva.

Sr. D. A. E. H. Madrid. No podemos ocuparnos del negocio que nos propone.

Sr. D. A. G. y J. Trujillo. Recibida la libranza y servidas las Revistas.

Sr. D. J. B. y C. Santa Cruz de Tenerife. Servidas las dos suscripciones y puede hacer pedidos de libros.

Sr. D. I. T. Palafurgell. Recibido el importe de las dos suscripciones y abonado el 10 por 100.

Sr. D. A. D. Madrid. Servida la Revista á D. J. C. de Chamberí.

Sr. D. J. C. Chamberí. Servidas las 3 Revistas del primer trimestre y puede V. renovar la suscripción si gusta.

Sr. D. T. M. Sevilla. Servida la Revista á D. V. S.

AVISOS.

Rogamos á los señores, cuya suscripción concluye con la presente *Revista*, se sirvan renovarla.

Agradeceríamos que en lo sucesivo las suscripciones fuesen al menos por semestres.

El importe de la suscripción podrán remitirlo en sellos de 50 céntimos, cuando no haya otro medio mejor, sin ser gravoso para el suscriptor.

A los que han recibido los dos primeros números y no hayan remitido el importe de la suscripción, se les ruega lo verifiquen tan pronto como les sea posible, ó avisen si no quieren continuar.

ERRATAS NOTABLES.

En la Revista de Julio, pág. 53, línea 26, en donde dice *necesario* léase *accesorio*.

Pág. 80, 2.^a columna, línea sexta, dice *golpe*, léase *golfo*.